

La Ilustración Artística

AÑO XXXIV

BARCELONA 20 DE DICIEMBRE DE 1915

NÚM. 1.773

BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



UNA CASTIZA, cuadro de Luis Huidobro

(De fotografía de F. Serra.)

SUMARIO

Texto. — De Barcelona. *Crónicas fugaces*, por M. S. Oliver. — *El obstáculo*, por Juan B. Enseñat. — *El santuario de la Virgen de la Hiniesta*, por Julio Hoyos. — *La guerra europea*. — *El general Juan Vicente Gómez*. — *Excmo. Sr. don Félix Suárez Inclán*. — *D. Alberto Llanas*. — *La última batalla del padre Agustín* (novela ilustrada; conclusión). — *Barcelona. La Exposición de Industrias Eléctricas*. — *Libros*. — *El general Lyautey en Tetuán*.

Grabados. — *Una castiza*, cuadro de L. Huidobro. — Dibujo de Martí Cabot, ilustración a *El obstáculo*. — *El santuario de la Virgen de la Hiniesta* (dos fotografías). — *La guerra europea* (ocho fotografías). — *Fuente Antica*, cuadro de I. Medina Vera. — *Ceas de postre*, cuadro de J. Antonio Benlliure. — *General Juan Vicente Gómez*. — *Excmo. Sr. D. Félix Suárez Inclán*. — *El Presidente de Bolivia y su Gabinete*. — *D. Alberto Llanas*. — *Barcelona. Estado de las obras de la futura Exposición de Industrias Eléctricas*. — *El general Lyautey en Tetuán* (dos fotografías).

DE BARCELONA. — CRÓNICAS FUGACES

Acaba de morir en Barcelona uno de esos hombres de los cuales suele y puede decir la crónica, muy justamente, que se va con ellos toda una época. Alberto Llanas no era sólo el representante de la pasada generación, sino de las dos o tres generaciones anteriores a la nuestra. Si escribiéramos, como título de su necrología: «el último romántico», tendríamos razón. Y si añadiéramos: «el último conspirador», estaríamos igualmente en lo justo.

Porque todo lo fué y de todo tuvo: de romántico, de bohemio, de conspirador, en la vida y en el pensamiento, con la pluma y con las armas, en las redacciones y los clubs lo mismo que a campo abierto en el tumulto de las guerrillas. Pudiéramos resumir diciendo que Llanas cierra los *Episodios nacionales*, de Pérez Galdós, en política y en literatura, como un ejemplar superviviente de los guerrilleros periodísticos y de los periodistas de barricada, durante el decenio accidentadísimo de 1860 a 1870, entre la guerra de Africa y la muerte de Prim.

Conocí a Llanas personalmente, hace unos ocho años, en el café donde yo entraba un momento por la tarde, antes de ir al periódico, en esa hora intermedia en que han desfilado ya los concurrentes de la primera tanda y no han llegado todavía los de la segunda. Como si dijéramos: entre el café de la comida y el aperitivo de la cena. D. Alberto estaba allí muchos días, solo, sentado a una mesa del fondo junto al mostrador, y tomaba un vaso de leche. Su sombrero chambergó y su pipa, delataban ya de lejos al menos sagaz de los observadores una filiación de «artista independiente»; sus bigotes poblados, su rostro curtido y el tono grave y brusco de su voz, un no sé qué de marcial y de soldado viejo. Tenía toda su figura el doble atractivo de los mosqueteros veteranos y de los pintores que los eternizaban en sus telas.

Trabamos conversación, nos hicimos amigos y al poco tiempo se conquistó toda mi simpatía. Entonces tuve ocasión de comparar y rectificar con la realidad, con la impresión directa e íntima, la imagen que antes me había formado del escritor y del aventurero. Era allí, a solas con él, sin auditorios numerosos, de esos que fuerzan o violentan a los hombres ocurrentes y de repertorio vasto, donde se podía advertir la verdadera personalidad de Alberto Llanas. Contra lo que creen algunos, por juzgar superficialmente, no era en ese aspecto de narrador inagotable, uno de tantos graciosos incoherentes, que se proponen tan sólo hacer reír a carcajadas. No era una máquina de recitar chistes y sucedidos; antes bien recuerdo la sorpresa que me produjo el observar que todos los de su colección, a medida que los fuí conociendo, tenían su transcendencia y sentido y un aire de familia tan particular que permite reconocerlos como parientes.

Los cuentos y sucedidos que él adoptaba salían de sus manos con un cuño, con un sello imborrable, a la manera de los músicos exquisitos que armonizan una melodía popular convirtiéndola en algo completamente aparte. Recuerdos de campaña en los alzamientos liberales, vicisitudes de la emigración, episodios de viaje a campo travieso; viñetas de *trabucarios*, conspiradores, periodistas, poetas del tiempo de la Gloriosa; móviles ocultos y explicaciones íntimas de sucesos no aclarados públicamente, toda esa parte anecdótica de sus charlas retrospectivas tomaba inconfundible relieve, animándose con una «intención» y una moralidad latente. Yo quedé perplejo, muchas veces, al oírle evocando estos tiempos, cuyo secreto se nos resiste ahora. Veíale viejo, pobre, sensato, lleno de buen sentido; había sido joven, ardiente, rico, despilfarrador, impetuoso. Una palabra mágica, una palabra luz: «libertad», rigió los treinta primeros años de esa vida, como pudiera un astro, un planeta, en los tiempos de la astrología ju-

diciaria. ¿Qué contenido pondrían entonces en la aglomeración de esas ocho letras, de qué substancia radiante y agitadora las llenarían que hasta ese extremo dispuso de sus destinos y de los de toda una época?

Han pasado tales cosas en veinte meses y sufren contraste tal las ideas, instituciones y hábitos al parecer más inmovibles, que al pronunciar ahora no pocos vocablos lo hacemos con cierta ambigüedad, con cierta duda de que su significado sea todavía una cosa vigente. Lo que estuvo lleno de prestigio en la etapa anterior aparece ahora como inconsistente y vacío. ¿Qué pensamos, qué sentimos, real y sinceramente al escribir ahora esta palabra: libertad? Fué antaño el ideal y el impulso, el grito de combate y el santo y seña. Ahora la decimos quedo y como quien anda de puntillas, conteniendo la respiración para no despertar a un enfermo o a un soñámbulo.

Pues bien: a esa libertad sacrificó Llanas una fortuna en dinero y los mejores años de su vida. Armó compañías a su costa, las sostuvo, se batió al frente de ellas y cuando llegó la hora de la expatriación salvó con ellas la frontera, agregándose quien quiso a esa columna fugitiva, cuyos gastos consumieron el resto de su caudal. ¿Qué debía pensar Llanas, en sus últimos años, de esas aventuras políticas de su juventud y del provecho objetivo que deparasen a la nación? Porque del suyo propio no hay qué decir: negóse rotundamente a aceptar cargos retribuidos, a entrar en el reparto del botín. No fué gobernador ni jefe económico ni vista de aduanas ni cónsul ni empleado en Ultramar ni nada de lo que se podía ser entonces por arbitrio y favor de los gobernantes, nada de lo que fueron un Altadill y un Aulés, tan bohemios y mucho más troneras que su colega y protector mientras pudo.

Llanas volvió a sus periódicos, a sus librillos, a su literatura de humor, conservando siempre la independencia nativa. Prefirió hacerse temporalmente pupifero o empresario de teatros — con toda probidad artística, por cierto —, a amarrarse a un negocio de la Administración, sacando réditos a su puritanismo, a su exaltación romántica de la juventud; y esto con una naturalidad y llaneza, con un olvido tal de su propia abnegación, que más se dijera deleite que sacrificio. Muchos de los que él había podido socorrer y amparar en los días críticos, fueron prosperando a medida que Llanas descendía y estuvieron pronto en ocasión de protegerle a él, lo cual no hicieron todos, como es natural que sucediera.

Con su personalidad de combatiente en los años de la revolución, enlazó Llanas la de promotor, uno de los primeros, del teatro catalán y aun de toda la literatura catalana en conjunto, desde los periódicos populares y festivos. Mirábase antes de reojo esa corriente callejera y como disidente entre los altos prestigios de la poesía restaurada por los Juegos Florales. Pero a fin de cuentas fué de ahí de donde le vino en primer término el arraigo popular de la restauración y esos mismos *pamphletaires* de las hojas semanales fueron casi siempre los primeros abastecedores del teatro y aun dejaron en él obras no tan efímeras que como *Don Gonzalo*, de Llanas, no hayan afrontado triunfalmente el juicio de tres generaciones.

He hablado más arriba de la transcendencia que ponía nuestro arrigo en sus celebradas anécdotas y sucedidos. Pudiera decirse de ellos que tenían *estilo*: inventados o patrocinados por el narrador, ello no importa. Cuando los adoptaba incluyéndolos en su repertorio, era obedeciendo a una secreta afinidad con su espíritu; y cuando los inventaba, también. ¿Quién puede confundir ese tipo, ese ejemplo de ocurrencias a que pertenece, verbigracia, la de su criado metido a profesor de francés, que es todo un compendio de psicología pedagógica y social en España? Cuando Llanas le pregunta, al verlo transformado en profesor, si ya sabe bastante francés, su antiguo sirviente le contesta con expresiva dignidad: «Para enseñar, sí.»

Uno de los emigrados políticos que conoció en París siéndolo él, cuando triunfó la revolución de septiembre volvió a España y entonces lo perdió de vista. Marchóse doña Isabel, pasaron el gobierno provisional y D. Amadeo, vino la República. En este tiempo tuvo Llanas que ir a Leganés para enterarse de la situación de un alienado, por encargo de la familia. Allí en el manicomio, encontró de dependiente o portero al emigrado de marras. — Hombre: ¿usted aquí?, le dijo Llanas. — Ya lo ve usted, D. Alberto: así paga la revolución a quien se ha sacrificado por ella... — Sí, es verdad, repone; y dígame usted, porque no recuerdo que hablásemos de ello en París, ¿cuál fué la causa concreta que le obligó a huir?

Entonces el portero del manicomio le contó los motivos políticos y los delitos de opinión que habían hecho necesaria su fuga. Jugaba en la taberna del pueblo con otros palurdos y se trabó de palabras con uno de los jugadores; las palabras fueron gordas, se le subió la sangre a la cabeza y arrió una puñalada al palurdo discrepante, de resultados de la cual falleció. Vino el juez, dió orden al alguacil de que detuviera al homicida, se resistió tirando un nuevo navajazo al alguacil que quedó herido de gravedad. Mas entonces, viendo que la cosa se ponía seria saltó al campo por las tapias del corral a tiempo de que llegaba la guardia, que dió en la flor de perseguirle y darle el alto, aunque de lejos: — ¡Alto! ¡Alto por la reina! Y él contestaba, corriendo a más no poder: — ¡La reina, la reina! Vaya una... tal. — Después de eso, terminaba sentenciosamente, después de eso, no tuve más remedio que emigrar...

Así solían ser de intencionados, de inesperados e insólitos, los «chistes» de Llanas. Otro de sus rasgos era el sentido de probidad, de honradez que ponía en todos sus escritos de broma. Era en ellos, austero y casto. Y de aquí que contara con tan inesperadas simpatías en órdenes sociales y en hombres de ideas muy distantes de las suyas o de las que lo habían sido en otros días. Del pueblo no digamos, porque el pueblo ama siempre esas figuras que han conseguido mantenerse y vivir en un plano fuera de lo común de los mortales, es decir de los aburguesados y filisteos. Buena prueba de ello, fué la conducción del cadáver y el extraordinario concurso no sólo de autoridades, literatos y artistas que se reunió para acompañarle a su morada última, sino también de gentes desconocidas, de personas humildes, de fieles admiradores de teatro, acaso de antiguos compañeros de ardor liberal desengañados ahora de la bullanga y, en fin, de aquellos a quienes rinde el desinterés y la aureola de los generosos y desprendidos que se arruinaron por una causa fuera la que fuese.

Detrás de aquel féretro acompañado por lo mejor de Barcelona en el campo de la inteligencia, parecía que desfilasen también, definitivamente, el recuerdo y las sombras de los veinte años anteriores a la restauración, los años de Padró, del *Tros de paper*, de Pitarra, de Clavé, de *Lo Nunci*, de Baldrich... Y los despojos de Llanas pasaron seguidos por un aura benévola de piedad, de buena memoria. No ha dejado rencor alguno.

* * *

Y, después, no hay más suceso que la lotería de Navidad, a punto de salir cuando esta crónica aparezca. La lotería, después de los toros, es lo más nacional de España, sobre todo de la España del centro, de la España propiamente dicha. Por algo se publicó en Madrid durante muchos años un *Boletín de Loterías y Toros* reuniendo las dos especialidades en un solo órgano de opinión, diríamos.

La lotería constituye como un símbolo de nuestro concepto de la vida. El ahorro es un camino que puede llevar a la fortuna; la laboriosidad es otro camino. Resultan penosos y accidentados, pero anchos. Por ellos pueden pasar muchas personas a la vez, sin estorbarse. Pero acostarse pobres y levantarse ricos es la ilusión perpetua del español, y la lotería le sirve de atajo. Sólo que por ese atajo no pasa más que uno a costa de quinientos mil. Leemos, todavía ahora, en periódicos, y hasta en libros de pretensiones que todos los males de España vienen de sus malos gobiernos, y que el día que tenga un buen gobierno España se salvará. ¡La lotería! No porque los malos gobiernos no arruinen a la nación ni porque los buenos no ayuden a levantarla, sino porque el tenerlos tales, buenos o malos, no es obra de la suerte sino del pueblo mismo. Un gran país puede sufrir accidentalmente, transitoriamente, una mala dirección política. Pero llega que se la sacude; y si la deja durar siempre, resulta que el daño está en el país y no en el gobierno.

Nunca se insistirá lo bastante en combatir los perniciosos efectos morales de la lotería, como de toda esperanza social, política, económica puesta en los caprichos y combinaciones de la suerte. Sólo de sí mismos pueden sacar tanto los individuos como los pueblos la fuerza necesaria para su redención y encumbramiento. La fortuna que se viene a las manos sin sentirlo como la prosperidad nacional que nace de la influencia aislada de un hombre se dilapidan y desvanecen con la misma facilidad que llegaron... De todas maneras Dios dirá. Y puesto que a pesar de estas razones y filosofías hay sorteos en España y premio gordo, bien venido sea si nos alcanza alguna vez.

MIGUEL S. OLIVER.



Doña Manuela sentada entre Julia y uno de los *croupiers*, y Alvaro de pie a la derecha de la joven viuda de Moncayo

EL OBSTÁCULO, POR JUAN B. ENSEÑAT, dibujo de N. Martí Cabot †

La vieja doña Manuela de Avila, descendiente de una aristocrática familia burgalesa, había heredado de su difunto marido D. Martín Arévalo, hacendado alavés, una fortuna considerable que ella estaba disipando de diversos modos cuando su único sobrino y presunto heredero Ricardo Arévalo, para evitar que su tía malbaratase su hacienda en pocos años y tuviese que pasar los últimos de su vida en la miseria, la indujo a que le hiciera donación de sus bienes con la condición de servirle una renta vitalicia de quince mil pesetas anuales, que él le abonaba

trimestralmente con rigurosa puntualidad. Además del vitalicio, tenía el usufructo del primer piso de una hermosa casa que su marido había hecho construir en la calle de Alonso Martínez, en Madrid, y de un hotelito situado en la Concha de San Sebastián, que ella había heredado a vínculo de su padre.

Doña Manuela pasaba los veranos en la hermosa ciudad donostiarra y el resto del año en la villa y corte.

Una tarde de agosto, la viuda de Arévalo, que un

ataque de reuma en las rodillas tenía clavada en una butaca junto al ventanal de su salón, contemplaba el animado espectáculo de la playa en pleno movimiento de bañistas, cuando le anunciaron la visita de su joven amiga Julia Bermúdez.

Su salón era como un *hall* de hotel en que los tertulios se encontraban como en su casa, y en que el galanteo y la chismografía no hallaban cortapisa alguna. La señora de la casa estimulaba uno y otra, como amiga que era de combinar matrimonios y recibir confidencias.

Sorprendióla muy agradablemente la visita de Julia Bermúdez, quien después de haber desertado el salón de su vieja amiga durante el luto riguroso y el recogimiento impuestos por la muerte de su marido, recurría ahora de vez en cuando, durante su luto de alivio, a la solicitud de doña Manuela, que la distraía de su tristeza, no sin turbar un poco lo más íntimo de su ser. Esta vez la encontró en animada conferencia con Emilia Serrano, su amiga de colegio, casada, desde hacía año y medio, con el barón de Casa Espino, elegante *clubman*, inteligente, pero ocioso, que se pasaba la vida adorando a su mujer.

Al verla entrar, exclamó la anciana:

— ¡Ah!, por fin se deja ver esta desertora, que ha dejado pasar siglos sin venir.

— Apenas quince días, señora, contestó Julia.

— ¿Le parecen a usted pocos? ¿Cómo está? ¿Qué me cuenta? ¿Cuándo va usted a dejar ese medio luto? ¿Va a ser eterno?

Le cogió ambas manos, la besó con efusión, la miró de pies a cabeza y murmuró ahogando un suspiro arrancado quizás por algún íntimo recuerdo:

— Sin embargo, nunca será usted tan joven como ahora.

Emilia Serrano intervino y dijo a su amiga:

— No podías llegar con más oportunidad; organizamos una jira, para la cual contamos contigo.

Julia trató de protestar, pero Emilia le puso la mano delante de la boca, diciendo que toda excusa era inútil.

— Nos ayudará a componer el *mail-coach*, añadió agitando su lapicero de oro, dispuesta a inscribir nombres en el dorso de una tarjeta. Desde luego, reservamos a los concurrentes una sorpresa. Va a tomar parte en el *pique nique* un antiguo amigo, un bizarro militar, un héroe, que acaba de llegar de Marruecos, el comandante Echevarría.

— ¿Alfredo está en San Sebastián?, exclamó doña Manuela.

— Llega mañana. Así se lo dice a mi marido en una carta que le ha escrito desde Madrid.

Julia sintió la sacudida de una emoción violenta y le costó trabajo disimular su turbación, mientras doña Manuela hizo recaer varias veces la conversación sobre el comandante. Hacía cinco años que éste había marchado a Melilla, siendo capitán, precisamente dos o tres días después del casamiento de Julia, coincidencia que había chocado a la viuda de Arévalo. Batióse allí heroicamente, y volvía con una herida, ya cicatrizada, el empleo de comandante y la cruz de San Fernando. Doña Manuela resolvió finalmente dar una comida en su obsequio.

Al salir de casa de su vieja amiga, Julia fué a sentarse en la terraza del hotelito que poseía en la misma Concha, donde solía pasar largas horas meditando y, aquella tarde, deseaba penetrar en sí misma y leer en el fondo de su corazón. ¿Había querido a Alfredo Echevarría antes de su matrimonio? ¿Acaso el joven capitán pensaba en ella al marcharse a Marruecos? Julia recordaba su actitud nerviosa, la ironía de sus labios y de su mirada en la sacristía, su felicitación seca... Y se asombró de la precisión de sus recuerdos al cabo de cinco años.

Desde hacía algún tiempo, doña Manuela, con sus bromas y vaticinios, despertaba en su alma secretos temores, a causa de los prejuicios que ha de tener en cuenta y de las asechanzas que necesita evitar, en su delicada situación, una viuda joven, guapa y rica. Por esto su vieja amiga la inducía a que contrajera segundas nupcias.

Todo el mundo la creía rica, y efectivamente lo era, pero ¿a costa de qué? D. Baldomero Moncayo le había dejado el usufructo de sus cuantiosos bienes, con la condición de no volver a casarse antes de cumplir cuarenta años. Esta cláusula, que sus amigas ignoraban, le había sido sugerida al señor Moncayo por el celoso egoísmo en que se había inspirado toda su vida. Se casó con una mujer joven, bonita y pobre. La amó exclusivamente para sí, sin preocuparse de la felicidad de su compañera, con el frío despotismo de viejo autoritario que quiere ser el amo aun después de la muerte.

Aunque no había sido feliz en su matrimonio, Julia prodigó solícita toda clase de cuidados a su marido en su última enfermedad, y llevó después dignamente su luto de viuda, sin tener, para guardarla de las tentaciones, el singular refugio de un gran dolor, amante de la soledad. Pero aquella solitaria existencia, con eternas horas de mortal aburrimiento, no podía satisfacer las aspiraciones de su alma.

Un billete de doña Manuela le señaló el día de la comida. Julia contestó con una visita. La conversación recayó sobre Alfredo. La señora de Ávila confesó que, de pronto, la había desconcertado un poco el verle de paisano y con la cara enteramente

afeitada, pues había aprovechado su licencia para rendir tributo a la moda; pero declaró haberle encontrado más guapo que nunca. Su rostro, atezado por el ardiente sol de África, parecía más viril, sin haber perdido nada de su enérgica finura.

— Hemos hablado de usted, hija mía, dijo doña Manuela; tiene vivos deseos de verla y yo le he prometido que asistirá a la comida.

— Me parece que no debo...

— Si me hace usted ese desaire, quedan rotas nuestras relaciones para siempre.

Durante toda la semana que la separaba de la comida, Julia vivió en un estado de alma extraordinario, ora con una canción en los labios, ora con lágrimas en los ojos, siempre con los nervios más excitados que nunca.

El día de la comida fué de las últimas en llegar a casa de doña Manuela. El comandante estaba allí. Julia lo vio en seguida de pie, en medio de un corro de mujeres elegantes, vestidas de claro y llenas de coquetería. Era el mismo hombre de siempre, esbelto, arrogante, de mirada recta, casi dura, que él sabía suavizar, como suavizaba su voz, tan imperiosa en el mando. Sin afectación alguna se adelantó hacia la joven viuda y le estrechó la mano, como había hecho con todas. Pero, retenido por las más audaces durante toda la reunión, no tuvo ocasión de hablarle. Se desquitó por la noche, en que fué invitado por doña Manuela a acompañar a las dos viudas al concierto del Casino.

Durante el intermedio, la señora de Ávila quiso jugar a los caballitos, y Alfredo aprovechó la ocasión para hablar con Julia.

— Al fin puedo decir a usted que los desterrados como yo, aunque su destierro sea voluntario, piensan en su patria y en los seres amados que han dejado en ella. Es muy grande la angustia de los que se sienten olvidados en remotos e inhospitalarios países, donde, detrás de cada matorral, les acecha la muerte. Allí he pensado mucho en usted.

— ¿En mí?, dijo ella riendo para disimular su emoción.

— ¿Ignora usted que fué causa de mi brusca partida?

— Lo he ignorado hasta hoy. ¿Quién había de decirme y cómo podía yo sospecharlo?

— ¡Qué dignos de lástima son los que mueren de amor, ignorados de los seres queridos!

Julia se quedó pensativa, con ambas manos nerviosamente agarradas a los brazos del sillón de mimbre en que había tomado asiento.

Alfredo, sentado junto a ella, distinguía bajo sus párpados entreabiertos el velado brillo de sus ojos y como un temblor en sus labios.

— ¿En qué piensa usted?, le preguntó.

Y como ella esperaba esta pregunta, contestó sin vacilar:

— Pienso en la soledad, lejos de este torbellino malsano de seres y de cosas. Pienso también en los años en que seré vieja, con el cabello cano y el corazón tranquilo.

— ¿A qué tales ideas, sino para engañarse a sí misma, precisamente en aquel momento en que se sentía invadida por el dulce calor de una sangre agitada, en que se manifestaba en ella, con más fuerza que nunca, el ardor de vivir comprimido por contemplaciones sociales, y en que palpitaban súbitas energías de su ser? ¿A qué seguir ocultando su estado de alma? Cerró los ojos y ahogó más de un suspiro, mientras él le murmuraba dulces cosas, expresando su amor, desinteresado hasta el sacrificio, quejándose de la desconfianza con que sus declaraciones habían sido siempre acogidas, y recordando lo mucho que, desde su matrimonio había sufrido por ella.

De pronto, un estremecimiento sacudió a Julia. Ésta amaba a Alfredo, pero ¿podía dejarse amar sin descubrirle el secreto del testamento conyugal? No hacía al comandante el agravio de creer que la solicitaba por su fortuna. Sin embargo, juzgó que el aceptar su amor sin una explicación previa, era un verdadero abuso de confianza, y, sin más vacilar, aunque haciéndole jurar por su honor que guardaría el secreto que iba a confiarle, le enteró de la tiránica cláusula del testamento de Moncayo.

— Esta revelación nos separa, Alfredo, para siempre, añadió Julia profundamente emocionada. Soy pobre, no poseo más que el usufructo de la fortuna de Moncayo y lo pierdo si me caso antes de cumplir cuarenta años.

— Al aspirar a su mano, no ambicionaba su riqueza, señora. Mas no puedo ya desear un casamiento que implicaría el sacrificio de su fortuna. A mí no me espanta la pobreza, pero no puedo aceptar que usted se la imponga por mí.

Ambos guardaron un profundo silencio, que fué interrumpido momentos después por doña Manuela:

— ¡Válgame Dios! Parecen ustedes un par de reos en capilla.

— ¿La ha favorecido a usted la fortuna?, se apresuró a preguntarle Alfredo, rebuyendo una explicación de su actitud.

— Después de haber perdido bastante, casi me he desquitado. Pero este juego no me divierte, porque me desconcierta. Donde guardo todo mi aplomo y toda mi lucidez, donde tengo felices inspiraciones y gozo verdaderamente es en la ruleta. Además, en San Sebastián siempre pierdo. Las veces que he ganado ha sido en Biarritz. Así es que se me ha ocurrido una idea: mañana cobro mi trimestre, cojo la cuarta parte de mi renta y me voy a Biarritz, a respirar aires extranjeros durante dos o tres días y a probar fortuna en la ruleta. Ustedes podrían acompañarme. De esta manera, aunque perdiese en el juego, saldría yo ganando. ¿No les tienta a ustedes la perspectiva de esa excursión?

Alfredo y Julia parecían indecisos, y doña Manuela adujo nuevos razonamientos para decidirlos. La verdad es que acababa de sugerir a ambos una misma idea. Sin ser muy frecuentes, se dan casos de fortunas improvisadas en el juego. Si a ellos les cupiera igual suerte, podrían prescindir del usufructo de los bienes de Moncayo, para unirse en matrimonio sin condenarse a una vida de privaciones. Aceptaron, pues, la proposición de la señora de Ávila, y a la noche siguiente se hallaban los tres jugando a la ruleta en el casino de Biarritz: doña Manuela sentada entre Julia y uno de los *croupiers*, y Alvaro de pie a la izquierda de la joven viuda de Moncayo.

Esta tenía delante un montoncito de oro, del cual extraía, a cada juego, dos o tres monedas que ponía sobre los números que la inspiración le designaba, sin que en su rostro sereno se reflejasen las violentas emociones que sentía. En cambio Alfredo no podía dominarlas, y sus facciones tomaban una expresión de júbilo o de aspereza según le era favorable o contraria la suerte. Cuando veía perder a Julia, sentía como un desgarrar en su corazón. Doña Manuela, imperturbable como el destino, jugaba siguiendo misteriosas combinaciones.

Después de varias alternativas de buena y mala suerte, al fin de la partida los tres salieron perdiendo pequeñas sumas. Al día siguiente, doña Manuela triplicó su dinero, mientras que Julia y el comandante se desquitaban apenas de la pérdida de la víspera. En la tercera y última jornada, los dos jóvenes, después de algunas rachas propicias de que no supieron aprovecharse, perdieron al fin buena parte de su provisión y la fe en el juego como medio de hacer por ensalmo una fortuna. En cambio, la vieja, que a pesar de una racha desastrosa de última hora había doblado su caudal, conservaba su entusiasmo por la ruleta. De buena gana hubiera prolongado su estancia en Biarritz, pero el día siguiente era el fijado para el *pique nique*, y los tres excursionistas regresaron a San Sebastián en el sur expreso de aquella misma noche. Durante el trayecto, doña Manuela apenas pudo arrancar media docena de palabras a sus jóvenes amigos, que ella creyó abismados en sus sentimientos amorosos.

El *pique nique* careció de la animación esperada, porque el héroe de la fiesta no pudo disimular del todo la dolorosa preocupación que le absorbía, y porque la palidez y abatimiento que mostró Julia fueron una nota triste en medio de la alegría general.

Dos días después, Alfredo fué a despedirse de doña Manuela, en cuyo salón estaba seguro de encontrar a la joven viuda de Moncayo.

— ¿Pero qué?, exclamó la anciana; ¿no vino usted a pasar aquí el resto de su licencia?

— El oficial propone y el gobierno dispone. Me llaman a prestar servicios en el ministerio.

Al retirarse el comandante, la señora de Ávila, paralizada en su sillón por un acceso de reuma, rogó a su amiga que lo acompañase hasta la puerta.

Al ejecutar el encargo, Julia pudo decirle sin que doña Manuela la oyese:

— Huye usted de mí.

— No, Julia; obedezco a mi destino. Nos separa un obstáculo insuperable, pues el destruirlo implicaría de parte de usted un sacrificio que yo no puedo aceptar.

— ¿De qué me sirve la riqueza si la conservo a costa de mi felicidad?, dijo ella desfalleciendo.

— ¿Es usted capaz de esperar que el obstáculo desaparezca por sí mismo?, dijo Alfredo.

— Yo sí, ¿y usted?, replicó Julia.

— Yo también, contestó él estrechándole ambas manos con efusión.

— Pero ¡ay!, dijo ella, yo seré entonces una vieja.

— No; ambos seremos jóvenes, replicó Alfredo al partir; las almas enamoradas no envejecen nunca.

EL SANTUARIO DE LA VIRGEN DE LA HINIESTA, POR JULIO HOYOS

Desde que supe que todos los años, al celebrarse la romería de la Virgen de la Hiniesta, pasa la procesión por el lugar en donde se halla la cruz elevada en memoria del rey D. Sancho II de Castilla - asesinado en memoria del rey D. Sancho II de Castilla - asesinado por Vellido Dolfos durante el cerco puesto por el monarca a Zamora - y que en este lugar se venía deteniendo desde hace seiscientos veinticinco años, para entonar un responso por su alma, tenía una viva curiosidad de visitar este monumento histórico y conocer lo que dió origen a esta piadosa costumbre.

Por el año de 1290, hallándose en Zamora el rey don Sancho IV, *el Bravo*, salió una buena tarde hacia el camino de Galicia para solazarse en la caza de cetrería, a la que el monarca era muy aficionado.

Acompañábanle algunos personajes de su corte y todos iban cabalgando en briosos corceles, por entre los que caracoleaba la trahilla de ágiles galgos, dispuestos a secundar la acción de los halcones.

No se habían alejado mucho de la ciudad cuando ya el halcón real perseguía a una perdiz que, azorada y temerosa, logró refugiarse en un espeso matorral, en el que se destacaba una corpulenta hiniesta o retama.

El ave de rapiña andaba haciendo círculos alrededor del matorral sin atreverse a lanzar sobre su presa y los perros ladraban, también sin decidirse a entrar en las matas que protegían a la incauta perdiz.

Llegaron los jinetes, el propio rey se echó a tierra y, ¡oh maravilla!, bajo las ásperas ramas hallaron una imagen de piedra representando a la Virgen, sentada con el dulce Niño en los brazos.

Llenos de gozo por el feliz hallazgo, dieron la vuelta hacia la capital, llevando la imagen en su cabalgadura el deán del cabildo, que era uno de los que formaban en la regia comitiva, y ya por el camino se concertó denominarla *Virgen de la Hiniesta*, por el lugar de su invención.

La imagen fué depositada en una iglesia de los barrios extremos hasta que se construyó en el lugar de su hallazgo un santuario que, acto continuo, mandó edificar don Sancho; y con objeto de proteger la nueva iglesia y hacer habitable aquel desierto paraje, el monarca otorgó un privilegio a favor del clérigo Juan Bartolomé, para que *tenga doce pobladores libres de todo pecho que pueblen aquel lugar de la Hiniesta y que sean vasallos de la iglesia.*

Y así se fundó este pueblo que, aunque muy próximo a la capital, tiene su ayuntamiento, un gran número de vecinos y una vida agrícola, desenvuelta y próspera.

Terminado el santuario a la manera románica de aquella época, pero pequeño y modesto, fué trasladada la imagen con gran solemnidad, no habiendo memoria de otra más lucida procesión que aquella, presidida por el propio D. Sancho IV. Y a la vuelta, tomando la dirección del lugar en donde se halla la cruz de su homónimo el segundo, mandó el rey hacer un alto y entonar un *Venimiento* por el alma del monarca asesinado, y desde entonces no se alteró esta costumbre.

Yo he visitado La Hiniesta uno de estos domingos en que el sol dora todas las piedras milenarias que por aquí existen y todos estos campos silenciosos y llanos. El pueblo trepa sobre una suave loma, que es más abrupta a la mitad del camino real de Galicia, que lo atraviesa formando la calle principal. Ya desde abajo se ve en la cumbre de la loma el regio santuario.



El camarín y la urna de plata en donde se conserva la imagen que halló el rey D. Sancho IV *el Bravo*

Magnífico es el pórtico del santuario. Pertenece a una época posterior y, según los datos que he podido hallar, se construyó por orden de D. Fernando IV, *el Emplazado*, que añadió algunos privilegios más a la iglesia, sobre los que su padre dejara legados.

Este pórtico pertenece al arte ojival. Es muy notable la labor de los arcos en degradación que se elevan sobre la puerta de ingreso. Dos de estos arcos están exornados con figuras de bienaventurados y los restantes con acantos. Bajo estos arcos se hallan la figura del Padre Eterno y algunos pasajes de la vida de la Virgen.

A ambos lados del pórtico, bajo primorosas umbelas, se hallan los apóstoles; seis a cada flanco que, además de su esmerada corrección - cosa no muy frecuente en semejante época - ofrecen dos extraños aciertos, uno de decoración y otro de fidelidad, a saber: la actitud de cada una de las figuras de un lado corresponde exactamente a la actitud de la frontera, de modo que el conjunto guarda una simetría que tiene gran valor decorativo. El otro acierto es el haber vestido las figuras con una fiel propiedad, pues por ignorancia de la indumentaria, o por otras causas que desconozco, se ve con frecuencia en las esculturas de los siglos XIV, XV y XVI, reproducir a los personajes bíblicos con los trajes que en esas épocas se usaron.

Bajo estas figuras, también hay otras doce hornacinas con arcos ojivales, capiteles labrados y haces de columnillas, como las del plano superior, pero vacías, existiendo la creencia de que también en ellas había otras tantas esculturas.

En el interior no ofrece el templo ninguna particularidad digna de anotarse, si no son los bajorrelieves de madera del retablo mayor.

Lo que guarda armonía con el mérito del pórtico es el camarín de la imagen. Sus paredes están doradas a fuego y pintadas al encausto. Son notables tentativas de esta clase de pintura a fines del siglo XIII.

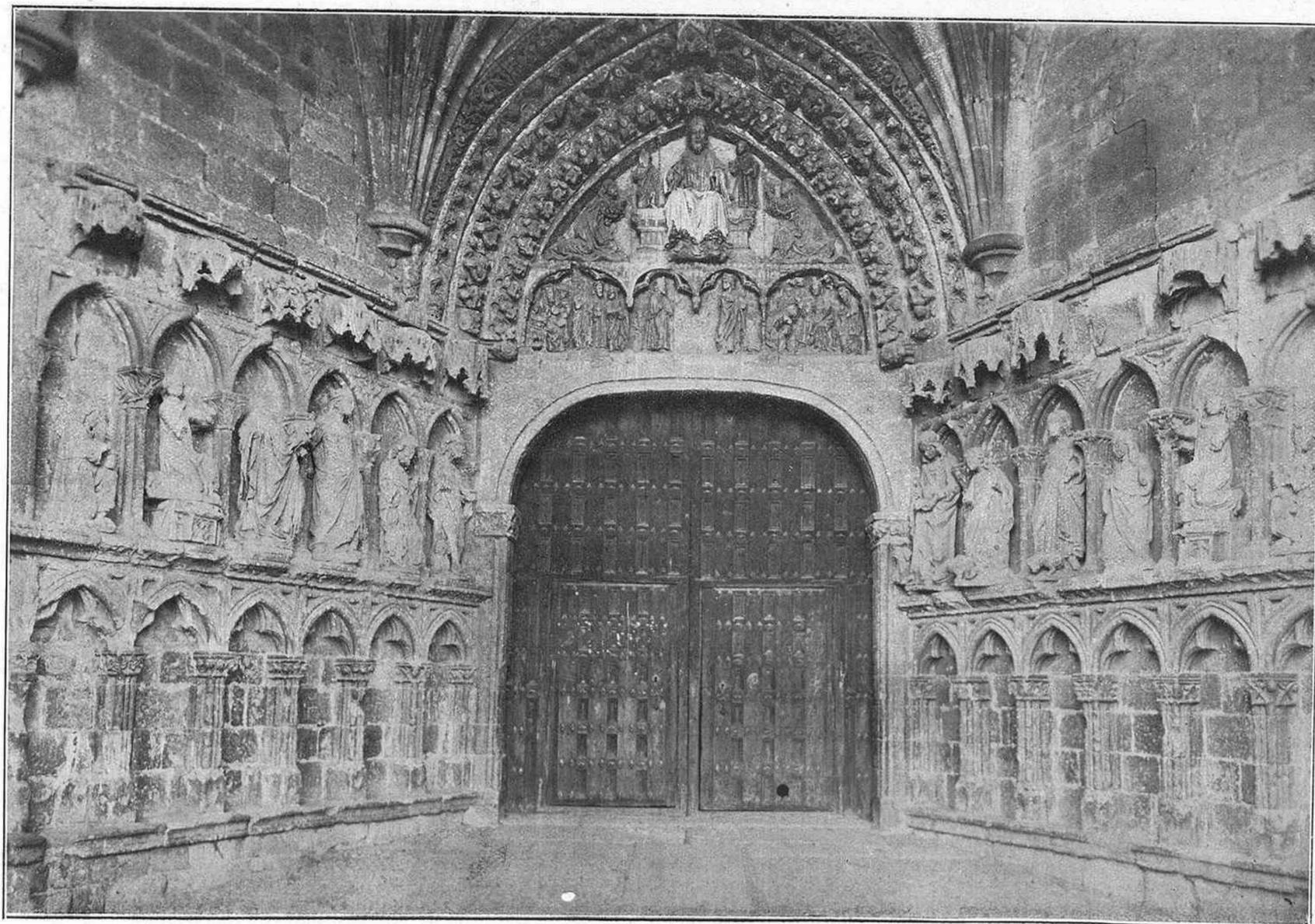
Tiene este camarín dos verjas: una que recae encima del altar mayor, oculta por un paño de tisú púrpura, y otra enfrente, que lo aísla del espectador.

En medio de este pequeño cuadrilátero se levanta la argentada urna repujada en donde se guarda la imagen. Es una magnífica labor de plata hecha con escrupuloso arte. En la greca que corre por debajo del cristal aparecen algunas escenas del feliz hallazgo, y en el pedestal, también profusamente repujado, levanta su figura la tradicional perdiz con la cabeza erguida hacia la imagen.

En la forma de esta urna - naturalmente estilizada - quiso el artista reproducir la forma del arbusto bajo el cual se halló la pequeña imagen tallada en un chinarro obscuro y que debió de ser oculta en alguna invasión sarracena, como aconteció en otros lugares por idéntica causa.

En cuanto a la *cruz del rey D. Sancho*, como por acá se la denomina, la vi al regresar a la capital. No tiene más interés que el histórico; su mérito artístico es nulo. Sobre un pequeño obelisco, sin inscripción alguna, se en la linde de un trigal, en donde hace ochocientos cuarenta y tres años tuvo plantada su tienda D. Sancho II, y a la cual le llevaron a exhalar el último suspiro.

(Fotografías de Filuco.)



Pórtico del Santuario de la Virgen de la Hiniesta



En el frente italiano. — S. M. el Rey Víctor Manuel III saliendo de un hospital de campaña después de visitar a los heridos. (De fotografía de Carlos Trampus.)

LA GUERRA EUROPEA

Teatro de la guerra de Occidente. — Los franceses han logrado recuperar gran parte del elemento de trinchera avanzada que habían perdido al Sur de Saint-Souplet (Champaña) y rechazar al enemigo hasta más allá de la cresta de este nombre. Asimismo han contraatacado con éxito al Este de la loma de Souain, rechazando al adversario, que sólo ha podido conservar una trinchera avanzada completamente destruida. Los alemanes han tomado 250 metros de trincheras avanzadas al Este de Auberive (Champaña), rechazando los contraataques de los franceses, y se han apoderado de las posiciones de la altura 193, en una extensión de 500 metros, habiendo rechazado también varios contraataques en aquel punto y al Nordeste de Souain. Afirman que, a pesar de lo que en contra dice el parte oficial francés, todas estas posiciones están en su poder. Dicen asimismo que ha fracasado el intento de un destacamento inglés de penetrar por sorpresa en una posición situada al Este de Neuve-Chapelle.

En el resto del frente, los acostumbrados duelos de artillería, minas, granadas de mano, etcétera.

Teatro de la guerra de Oriente. — La lucha en Rusia hállase muy encalmada a consecuencia de la crudeza del tiempo que allí reina. Los rusos dicen haber rechazado una ofensiva contra el cementerio del pueblo de Koliznitchi, al Sur de Rafalovska, a orillas del Stry, y varios ataques al Oeste de Tarnopol, en la región del Strypa; y los austroalemanes afirman haber rechazado ataques al Nordeste y al Norte de Czartorysk, al Norte del ferrocarril de Kowel a Sarny, al Sur de Pinsk, en la zona del lago Wartung y al Sur de Jacobstadt.

Italianos y austriacos. — Continúa la ofensiva de los italianos, especialmente en la región

de Gorizia, aunque no con la intensidad y violencia de las últimas semanas. En la zona de Monte Nero han rechazado algunos destacamentos enemigos que, a favor de la niebla, habían penetrado en un atrin-

cheramiento en el contrafuerte de Vodil: han rechazado también al enemigo que intentaba forzar las posiciones de Oslavia en las alturas al Noroeste de Gorizia; y han tomado una posición en el Carso, una trinchera en la altura de Calvario, al Oeste de Gorizia, e importantes alturas en el valle de Giudicaria y en el de Concip. Los austriacos han rechazado numerosos ataques en el sector del frente de Gorizia, en Oslavia, en el valle de Giudicaria, en San Michele, en San Martino y en otros puntos del frente de la costa, y han tomado algunas posiciones al Noroeste de Tolmino.

En los Dardanelos. — Continúa la guerra de trincheras y aun ésta con escasa actividad. Los franceses han hecho estallar dos minas que han causado grandes daños en las líneas turcas, y los turcos dicen que su artillería ha alcanzado dos veces a un buque enemigo y tres a un acorazado.

En los Balcanes. — Los alemanes han ocupado



En Varsovia. — Reapertura de la Universidad por las autoridades alemanas, acto que se efectuó el 15 de noviembre último (De fotografía de Parrondo.)

Ipek, Resna y posiciones muy fortificadas de Medovo. Los austriacos han rechazado a los montenegrinos al Sur de Plevlje y a los serbios al Sur de Ipek; han tomado algunas trincheras al Sur de Sudokol;

han continuado la persecución de los montenegrinos al Sur de la frontera septentrional de Montenegro y la de los serbios en las montañas fronterizas de Albania; y han tomado las poblaciones de Korita y Rozaj. Los búlgaros se han apoderado sucesivamente de Djakova, Dibra, Struga, Ochrida, Doirán y Gjevgeli, han perseguido a los franco ingleses en ambas orillas del Vardar y al Sur de Kosturino; han pasado la salida meridional del desfiladero de Demir-Kapu, llegando hasta el Sur de Mirovce y ocupando en esta región varias poblaciones, entre ellas Hudovo, en donde tenía su cuartel general el jefe de las tropas expedicionarias francesas general Sarrail.



El general francés Sarrail, general en jefe del cuerpo francés de Oriente. (De fotografía.)

Los montenegrinos, después de resistir varios ataques, han evacuado el distrito de Djajesuva; y las tropas serbias que había en Monastir dicese que llegaron a Gjevgeli, en donde, después de reorganizarse, han combatido en la línea francesa.

Las tropas aliadas, en vista de que no podía realizarse su unión con el ala derecha de los ejércitos serbios, han decidido evacuar las posiciones que ocupaban y retirarse a Salónica. El repliegue se ha efectuado con tal orden, que los aliados han podido transportar todo su material de guerra y todos los víveres que tenían almacenados en sus depósitos de aprovisionamiento, y han logrado contener al enemigo y evitar que éste los envolviera y cortase sus líneas.

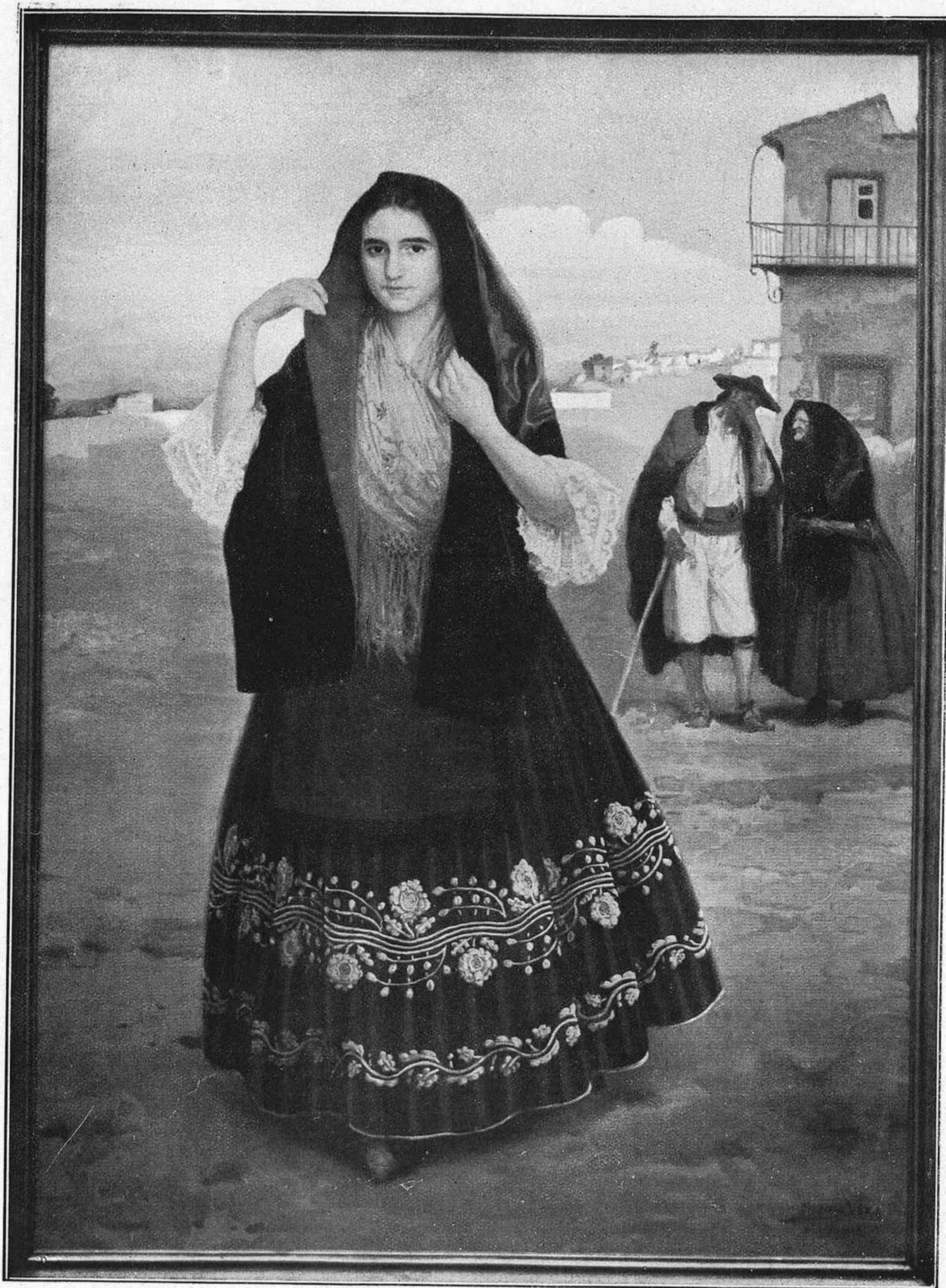
Dícese que Grecia ha decidido acceder a las peticiones de la Cuádruple Inteligencia; pero lo mismo en Londres que en París esta noticia es acogida con gran desconfianza. Dada la retirada de los aliados a Salónica y su propósito de hacerse allí fuertes, la situación de Grecia resulta muy comprometida, pues es de temer que las potencias centrales no han

de detenerse en la frontera helénica y dejar que el enemigo vaya reforzándose y esperando el momento oportuno de atacarlas con probabilidades de éxito.



Contingentes serbios que se retiran a Albania ante la invasión de los alemanes, austro-húngaros y búlgaros. — En Varsovia: tropas alemanas acampando delante del Teatro Principal. — El tsar Fernando de Bulgaria con el príncipe heredero y su séquito marchando hacia el campo de operaciones de Servia. — Soldado colonial conversando con un soldado inglés. — Artillería rusa en acción a orillas del río Styr.

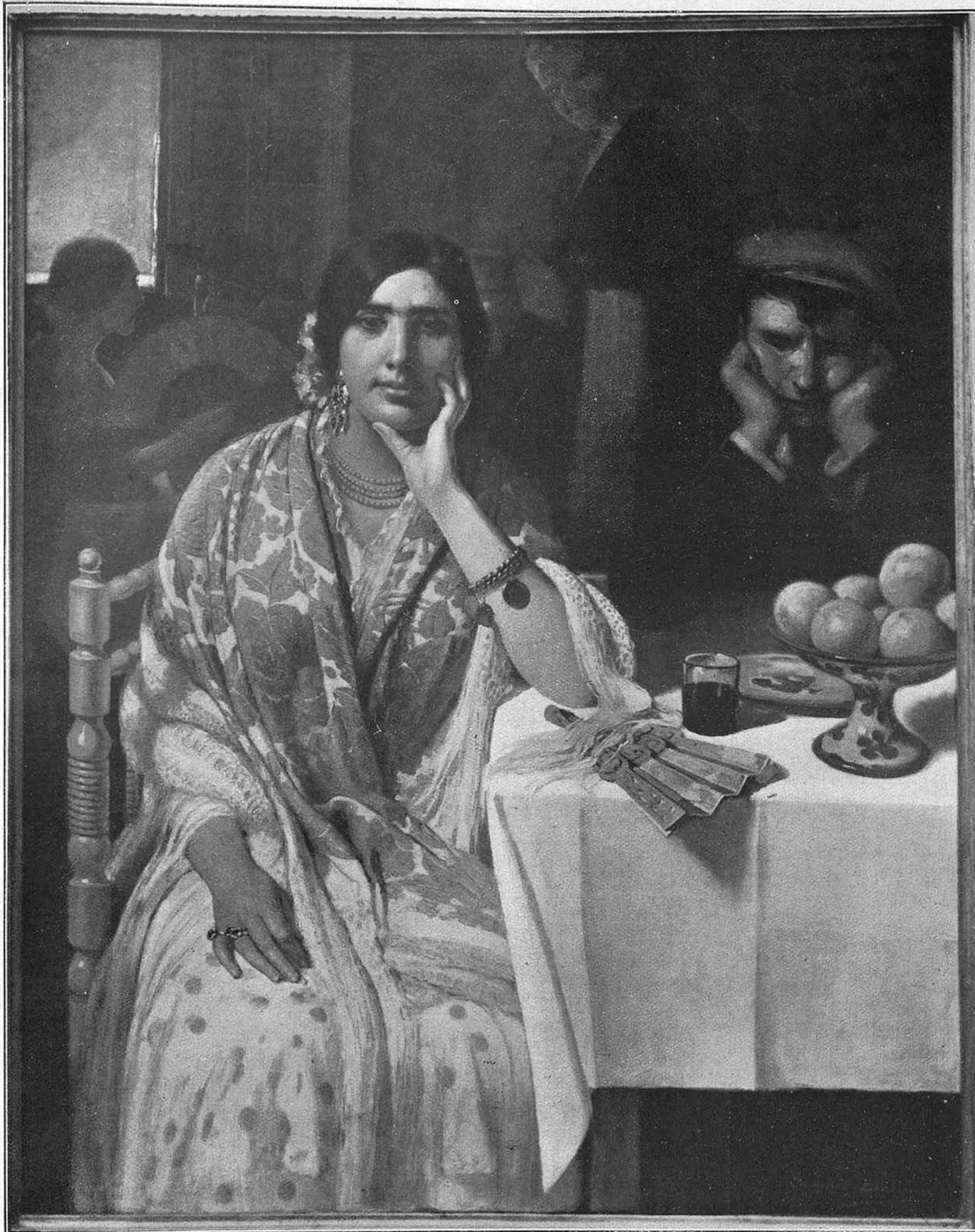
BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



FUENTESANTICA, cuadro de Inocencio Medina Vera

(De fotografía de F. Serra.)

BARCELONA. - EXPOSICIÓN DE PINTURA ESPAÑOLA DEL CÍRCULO DE BELLAS ARTES



CELOS DE POSTRE, cuadro de Juan Antonio Benlliure

(De fotografía de F. Serra.)

EL GENERAL JUAN VICENTE GÓMEZ

D. Juan Vicente Gómez hallábase dedicado por entero a las labores agrícolas, cuando un movimiento revolucionario lo lle-



General Juan Vicente Gómez, nuevo Presidente de la República de Venezuela. (De fotografía.)

vó a la capital de la República venezolana como segundo del ejército de Cipriano Castro; pero al pretender éste actuar como dictador, se retiró de la actuación política, adquirió extensas propiedades en el Estado central de Aragua y de nuevo se consagró a la agricultura.

Poco después Castro vino a Europa y el general Gómez, apoyado por todo el pueblo, hizo cargo del poder, comenzando entonces una verdadera obra de hombre de Estado.

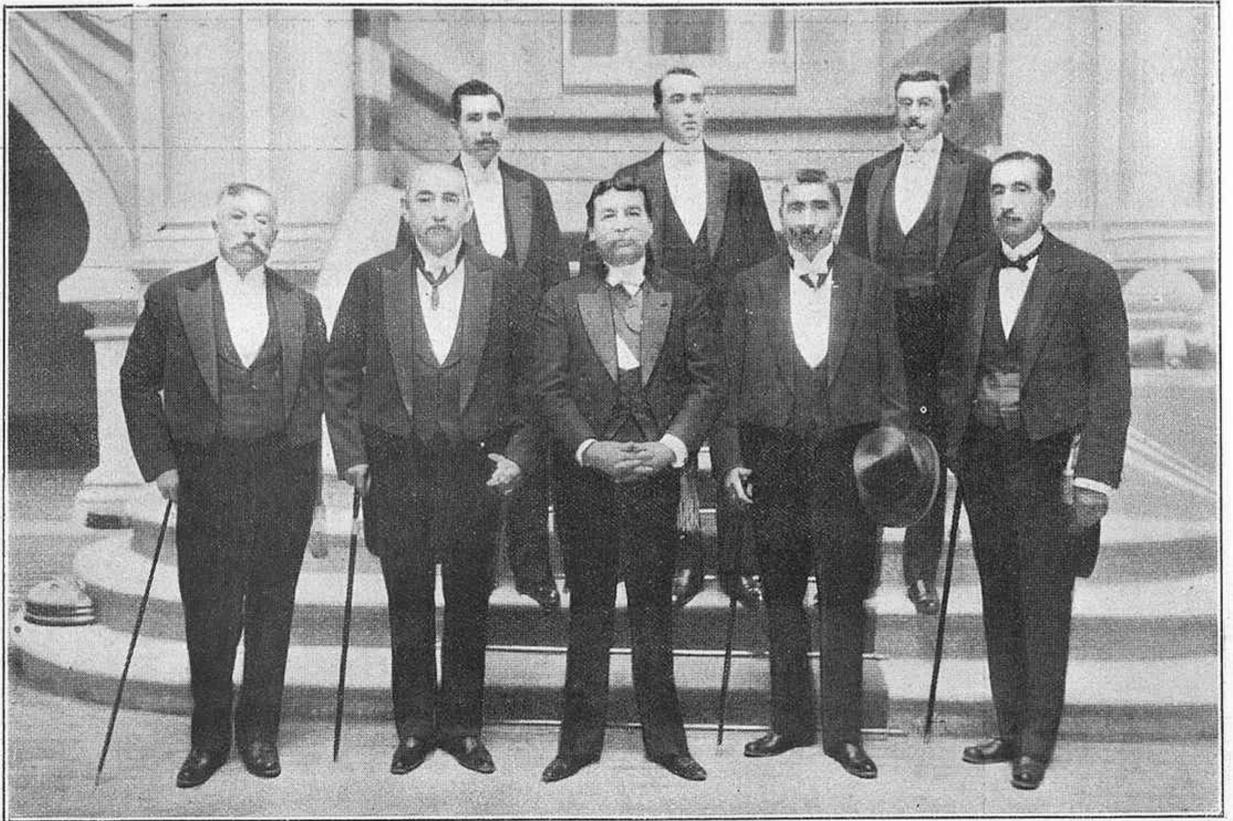
La intemperancia de Castro había determinado un rompimiento de las relaciones diplomáticas de Francia, Alemania, Italia, Inglaterra, Bélgica, Holanda, Estados Unidos y Colombia con Venezuela, habiendo llegado a verse bloqueadas las costas venezolanas por armadas extranjeras. El general Gómez declaró a las naciones que ni él ni su gobierno se harían responsables de las pérdidas y desmanes que había producido la situación internacional; y gracias a sus habilísimas gestiones

el crédito público afianzóse en el interior y en el exterior; la hacienda se consolidó; las empresas industriales prosperaron, el capital encontró seguras garantías y abundantes rendimientos; aumentaron las vías de comunicación y, en una palabra, todo el país alcanzó prosperidad envidiable.

Como militar, se ha distinguido el general Gómez en los campos de batalla luchando valientemente contra fuerzas superiores y vencióndolas; y cuando se hubo restablecido la paz

En el diario *La veu de Catalunya* publicó en 1901 una serie de artículos titulados «Trenta anys de teatre», tan interesantes por los hechos en ellos relatados como amenos por la forma en que estaban escritos, ya que todo lo que en ellos se describía había sido vivido por su autor, que a sus dotes de observador profundo unía las de narrador incomparable.

Entre las muchas obras de otros géneros que había dado a la imprenta, había alcanzado especial y merecida celebridad



El Presidente de Bolivia y su Gabinete

El Presidente de la República, Dr. Ismael Montes, está en el centro de la primera fila, con los Dres. Juan M. Saracho, primer vicepresidente, y Víctor E. Sanjinés, ministro de Relaciones Exteriores y Culto, a la derecha; y los Dres. José Carrasco, segundo vicepresidente, y Aníbal Capriles, ministro de Instrucción Pública, a la izquierda. En la segunda fila, de izquierda a derecha, están los Sres. Dr. Plácido Sánchez, ministro de Justicia e Industria; Julio Zamora, ministro de Hacienda; y Nestor Gutiérrez, ministro de Guerra. (De fotografía.)

y se hizo cargo del gobierno, dió elocuentes pruebas de su talento organizador, creando una brillante oficialidad, que, por iniciativa suya, se educó en los principales institutos militares extranjeros, instituyendo un ejército fuerte y disciplinado, dotándolo del más perfecto material de equipo y proveyendo a los parques nacionales de armamento y municiones modernos.

EXCMO. SR. D. FÉLIX SUÁREZ INCLÁN

El nombramiento del Excmo. Sr. D. Félix Suárez Inclán para el cargo de gobernador civil de esta provincia ha sido acogido con gran aplauso no sólo en Barcelona, sino, además, por todos los elementos productores del resto de Cataluña.

Nuestra ciudad guarda todavía gratísimo recuerdo de la meritoria gestión realizada por el Sr. Suárez Inclán al frente de este mismo gobierno durante otra etapa liberal, y el viaje que hizo en marzo último a esta capital y a algunas de las principales poblaciones fabriles catalanas demostró el vivísimo interés que le inspira todo cuanto a la producción nacional se refiere. El discurso que en aquella ocasión pronunció en el banquete con que le obsequió el Fomento del Trabajo Nacional vino a confirmar este interés y demostró al mismo tiempo cuán a fondo conoce los problemas económicos que afectan a nuestra industria. Dados estos antecedentes, cabe fundadamente esperar que el Sr. Suárez Inclán será un defensor decidido de las justas y elevadas aspiraciones de Cataluña y contribuirá eficazmente a que sean atendidas por el gobierno.

D. ALBERTO LLANAS

A la edad de 75 años ha fallecido en esta ciudad este notable y popular literato que en el teatro, en el libro y en el periódico había conseguido muchos y muy grandes triunfos.

En su juventud dedicóse al par que a la literatura a la política y en ella consumió muchas actividades y el saneado caudal que de su padre había heredado; y él, que tanto se había sacrificado por la república, algunas veces con grave exposición de su vida, fué de los pocos que al triunfar los ideales por que siempre había combatido, nada pidió ni nada quiso en compensación de lo mucho que había hecho.

En el teatro alcanzó el renombre y la consideración que por su talento merecía, habiendo visto coronadas por el mejor éxito numerosas revistas, zarzuelas y melodramas. Entre sus principales obras dramáticas merecen ser mencionadas especialmente *El marqués de Santa Llucia*, *La germana gran*, *El rector de San Hipòlit*, *Vesten Antón*, *Els raigs Y* y sobre todo *Don Gonzala o l'orgull del geg*, una de las mejores producciones del teatro catalán. Siendo empresario de un teatro matritense, en unos tiempos en que imperaba en la escena el romanticismo, escribió también algunos dramas de capa y espada que fueron muy aplaudidos y que fueron incorporados en los repertorios de las mejores compañías al lado de las de Tamayo, Hartzbusch, García Gutiérrez y Zorrilla.

En Barcelona había tenido las empresas de varios teatros, entre ellos el Principal y el Círculo Barcelonés, y las temporadas que estuvieron a su cargo estos coliseos distinguieronse por la suntuosidad con que eran presentadas las obras y por la excelencia de las compañías encargadas de su interpretación.

Como periodista, había sido uno de los fundadores del célebre *Un tros de paper*, modelo de los semanarios humorísticos que alcanzó gran boga allá por los años de 1864 y 1865; había fundado también *El nunci* y un diario de información, *La alianza de los pub'os*, y colaborado en importantes periódicos y revistas.

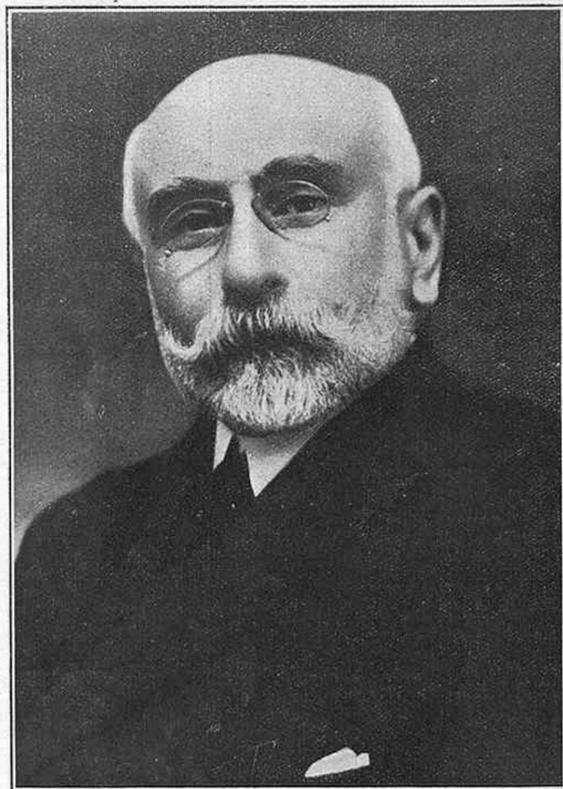
Una grossa de pensaments en vers, de la que se han hecho varias ediciones.

Era Llanas de carácter bondadoso y de afable y agradable trato. Su conversación, amenizada siempre con chistes cultos, con anécdotas interesantes y agudas observaciones, cautivaba; sus dichos y sus rasgos del más sano humorismo han llegado a ser populares. Había viajado mucho, había conocido y tratado a los más eminentes políticos, literatos, artistas y cómicos, y con todo esto habíase formado un verdadero arsenal de datos y hechos anecdóticos que sabía aplicar oportunamente y con una gracia y una naturalidad por nadie superadas.



El celebrado escritor y aplaudido autor dramático Alberto Llanas, fallecido en Barcelona el día 10 de los corrientes. (De fotografía.)

LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, en la que Llanas había colaborado, dedica su más sentido recuerdo al escritor ilustre y amigo querido, envía sincero pésame a su familia y se asocia al sentimiento que su muerte ha producido en Barcelona y en toda Cataluña.



Excmo. Sr. D. Félix Suárez Inclán, nombrado gobernador civil de esta provincia. (De fotografía de nuestro reportero J. Vidal.)

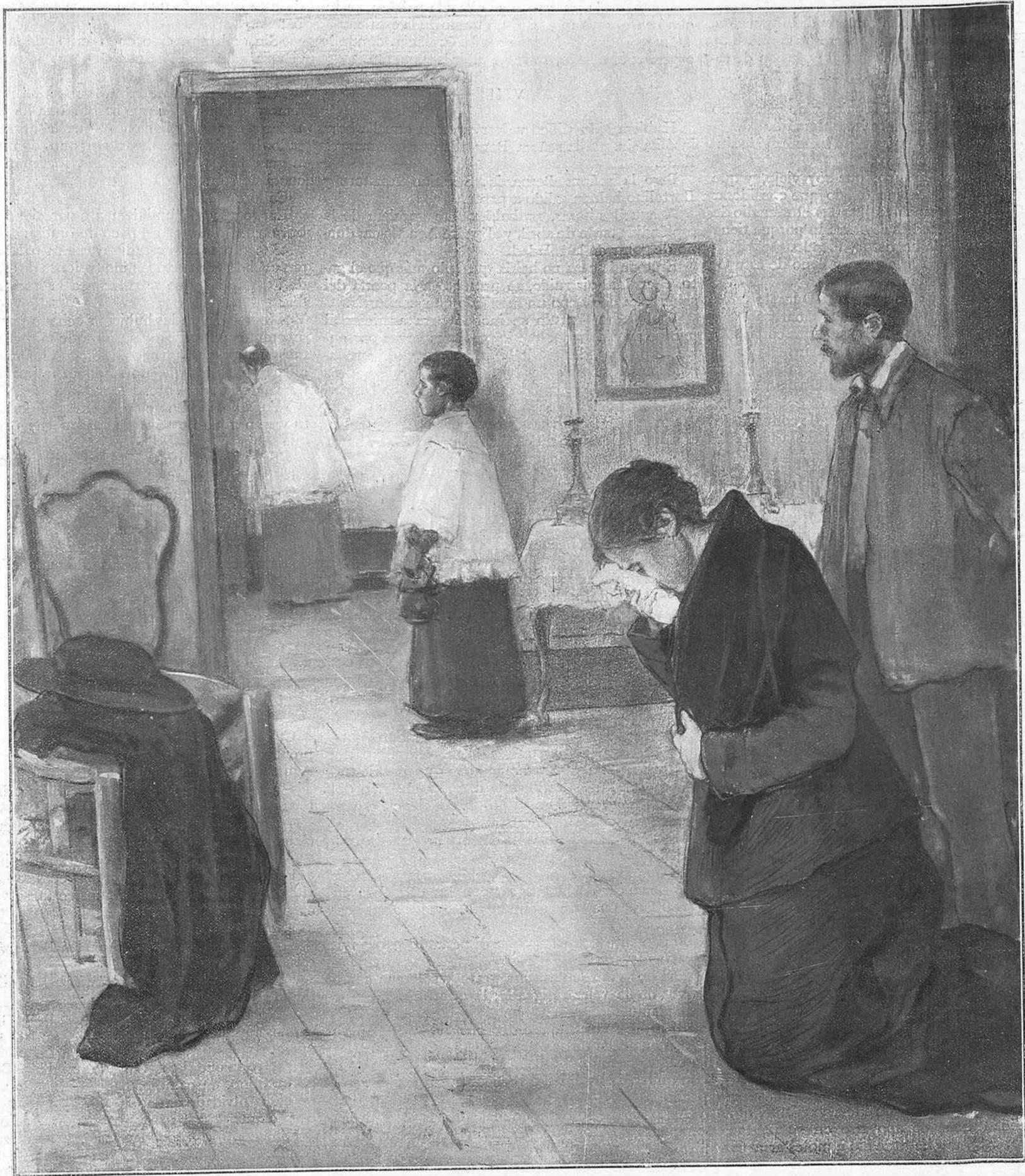
diplomáticas, reanudáronse las relaciones interrumpidas con las naciones extranjeras y pudo arreglarse satisfactoriamente el conflicto con Francia que había alcanzado un carácter de extrema gravedad.

La obra administrativa realizada por el general Gómez en aquel período de su presidencia, que abarcó los años 1910 a 1914, ha sido altamente provechosa para la nación venezolana;

La Sal Natural de Sprudel
de
Carlsbad
es la única legítima Sal de

LA ÚLTIMA BATALLA DEL PADRE AGUSTÍN

NOVELA ESCRITA EN ITALIANO POR SALVADOR FARINA, CUYA PROPIEDAD TIENE ADQUIRIDA ESTA CASA



Se acercó a la cama y aproximó la cruz a los labios del padre Agustín

«Hijos míos, estáis aquí? ¿Eres tú, hijita mía?» Entonces me corría por el rostro un hálito fresco... Un doctor me dijo que no era la fe, sino el hipnotismo, es decir una forma histérica. Para evitar la enfermedad que se estaba preparando, me dió una buena receta: no pensar en nada, no trabajar, distraerme. Sin embargo, un día, al querer decir algo a mi impresor, me fué imposible proferir otra cosa que sonidos inarticulados. Había perdido la memoria de las palabras, quedándome intactas todas las demás facultades, incluso la *idea* de las palabras; tanto que, esperando de pie, con los brazos cruzados, mi suprema caída para irme al otro mundo, decía para mí: «Profesor Giorgio, no hay ya nada que hacer; has hecho bastante.» Desde aquel momento data mi enfermedad.

— ¡Cosa más rara! ¡Cosa más rara!, repetía el viejo cura.

— Hasta había perdido el alfabeto; pero a los pocos días encontré dos palabras, y fueron dos palabras de fe: ¡*Santo Dios!*

— ¡Cosa más rara!

— Si hablo de mi enfermedad es porque ésta había acrecentado mi fe. Usted, comprende, reverendo, que estando en silencio tanto tiempo, tuve ocasión de observar cómo se mueve el espíritu humano. Decía para mis adentros: lo único enfermo, en mí, es la manifestación de las ideas, no la idea misma, que es el alma. Por esto gozaba de estar enfermo, porque sabía que, curando, encontraría toda mi alma, y que, muriendo, encontraría la de mis criaturas.

El padre Agustín se alegraba de oír expresar, con demasiada lentitud si se quiere, porque el tiempo pasaba y los compañeros de tresillo le esperaban; pero creía de buena fe ciertas ideas que a veces habían relampagueado en su mente y que nunca había tenido necesidad de mirar de cerca.

El profesor continuó diciendo:

— Será pues lo que dicen los materialistas, esto es, que el cerebro humano trabaja por medio de muchos lóbulos y de una infinidad de células, y que, herido un lóbulo, destruída una célula, queda paralizada la facultad correspondiente; pero esto no destruye el alma; se refiere sólo al medio de su acción. Yo decía: en mí está herida la memoria de las palabras, pero la idea vive de por sí, y privada de extrínsecamiento, concibe, ¿oye, reverendo?, concibe has-

ta las palabras que le faltan. Esto me sucedía los primeros días, cuando la enfermedad había simplificado el método de investigación, reduciéndolo a la más simple observación directa; y ahora que estoy medio curado, cuando quiero representarme este fenómeno maravilloso, necesito un gran esfuerzo de razonamiento, casi de una abstracción, y comprendo que llegará un día en que yo mismo dudaré de haberme engañado. ¿Ha comprendido usted, reverendo?

El padre Agustín no había comprendido gran cosa, pero seguía estando contento de que un hombre de buena fe y de criterio hubiese tenido ocasión de escuchar a la puerta de la gran verdad.

Y confesó ingenuamente:

— Cuando habla usted de lóbulos y de células no comprendo gran cosa; pero todo lo demás...

Si hubiese concluido la frase, no hubiera sido sincero; por esto no la concluyó.

— Oiga lo que yo le digo, que soy viejo, y que por mi profesión de cura he tenido que considerar muchas miserias humanas y aplicarles el remedio de la palabra divina. Usted es afortunado porque tiene fe y la tiene porque la ha visto y tocado.

Giorgio Silva meneó la cabeza y llenó de estupefacción al padre Agustín diciendo:

— La tenía, pero ya no la tengo. Durante estos últimos meses he querido refutar a los materialistas, a los que niegan el libre albedrío, los que cortan las alas a la humanidad negando otra vida; he querido afirmar que el alma del hombre y del mundo es indestructible. Cada día se me presentaba un adversario nuevo, y yo triunfaba de él. Me encolerizaba porque cierta ciencia positiva, en vez de contentarse con la observación, invadía el campo de la filosofía; y me causaba pena que ciertos filósofos saqueasen todo el sentimiento humano. Combatía por que al menos me dejasen viva la muerte, al menos la esperanza. Pero me he cansado demasiado, sin duda, y necesito que alguien me ayude. Si usted sabe alguna palabra divina que pueda hacerme bien, le ruego que me la diga.

¡Ay!, ¡pobre padre Agustín!

Palabras divinas... él sabía muchas de memoria, en italiano y en latín, y creía que bastaba encontrar al menos un par para curar la herida que aquel profesor se había hecho con su propio cuchillo.

Y lo dijo:

— Usted ha querido esgrimir con la medicina, con la fisiología, con la anatomía, ¡qué sé yo!, ha querido en suma esgrimir armas que no le eran familiares, y por esto se ha herido. Usted dispense, ¿quiere decirme qué enseñaba en la escuela?

— Literatura.

— Me alegro. Usted debía haber combatido en su propio terreno y no se hubiera lastimado. Horacio, Lucrecio, Virgilio, todos estos grandes antiguos le podían sugerir...

Era inútil; no había enfilado bien su argumentación.

La pregunta imprevista le había maravillado tanto, que ni siquiera las palabras divinas más vulgares se le habían presentado, y por esto había tratado de apelar a las palabras profanas.

Giorgio Silva quería otra cosa.

Si se había encontrado en la extrema necesidad de recurrir a las palabras de un sacerdote, quería esta palabra de la fe y no otra.

Decía que no con la cabeza con tanta insistencia que el viejo cura tuvo que interrumpirse.

— No, reverendo, no se trata de esto. He pensado que usted, habiendo vivido más que yo y habiéndose ocupado toda su vida exclusivamente del alma inmortal, podría sostener a un alma vacilante, que tanta necesidad tiene de apoyarse en su fe. Por esto, sólo por esto, me he atrevido a molestar a usted.

— Yo soy un pobre cura ignorante, respondió el padre Agustín; no sé nada, no puedo argumentar con la ciencia y sólo quiero decir a usted las palabras del Kempis:

«Que no me hablen los profetas; hálame tú, Señor Dios, porque tú solo, sin ellos, puedes instruirme perfectamente, mientras que ellos, sin ti, no lograrían nada.»

Al pronunciar estas palabras tenía lágrimas en los ojos y se sentía inspirado.

Después de un breve silencio, el padre Agustín añadió:

— Usted me ha pedido una palabra divina; yo sé una, una sola: la plegaria. Ore como quiera: asómese a la ventana y contemple el cielo estrellado, llame en torno suyo a su mujer y a sus hijos, y ore, ore mucho. Deje que las ideas se hayan ordenado por sí mismas; no piense más por hoy; pensará mejor mañana.

El profesor callaba, y el padre Agustín, estrechándole la mano, añadió:

— Le dejo a usted, doctor, me esperan; hasta ha pasado la hora... Necesito ir de prisa.

— Gracias, gracias, gracias, dijo Giorgio Silva levantando la cabeza; sus palabras me han llegado al corazón.

— ¡Cuánto me alegro!, repuso el sacerdote con un orgullo desmentido por una melancólica sonrisa.

Fué hasta la puerta sin añadir una palabra, se inclinó en el rellano y bajó un tramo de la escalera.

Luego, en vez de correr a la farmacia, donde le esperaba el tresillo, volvió a subir lentamente.

VIII

Hubiera sido difícil volver a casa a aquella hora insólita sin que la señora Bernarda quedase maravillada.

Pero la señora Bernarda, Severino Amatore y Bortolino habían salido a paseo.

A aquellas horas, probablemente gozaban de la espléndida tarde de abril, y el padre Agustín era dueño de gozar de la soledad.

En toda la casa no había quedado más que el gato, el cual, al oír ruido, se presentó a la puerta del salón para decir con un maullido que se aburría.

Y el padre Agustín se inclinó para acariciar al minino abandonado, que le pasó tres veces por entre las piernas, debajo de la sotana, antes de arrellanarse en el canapé.

El reverendo le dejó hacer y se sentó en la antigua butaca delante de la mesita.

Por la ventana abierta veía, a la luz crepuscular, el campanario de Sant' Angelo, que se alzaba hacia el cielo interrogando en el silencio.

No tardaría en decir el *Ave María* con su voz profunda y resignada.

Pasó por la mente del viejo cura la visión de sus compañeros de tresillo que, a aquellas horas, después de haber consultado en vano el reloj, se disponían a jugar sin él.

El padre Agustín estaba seguro de que, siguiendo el consejo dado por él mismo a Giorgio Silva, hubiera hecho una cosa saludable; sabía muy bien que si le hubiera sido posible no pensar ya más en todo el resto del día, jugar al tresillo hasta muy entrada la noche, abrir luego la ventana y orar fijando la vista en el inmenso altar, hubiera encontrado probablemente la palabra divina, cuya duda sentía en calidad de sacerdote.

Y cuando la hubiese encontrado, o en San Agustín o en Santo Tomás, o bien en los viejos libros del seminario, le hubiera sido fácil bajar un par de tramos de escalera para llevarla a aquel enfermo del tercer piso, y repetirla a su propia conciencia espantada.

Pero la nueva turbación era mayor que de costumbre.

Aun no pensaba.

Permanecía en la butaca, con los ojos fijos en aquel fantasma de campanario, que seguía callando.

Finalmente dos campanas despertaron para invitar a la plegaria.

Las dos eran lentas: una grave y solemne como la voz de la vejez resignada; la otra, más joven y más plañidera.

El padre Agustín quiso decir el *Ave María*, pero pensó que cada tarde aquellas dos voces entraban en su cuarto cuando él ganaba al tresillo, y se contentó con quitarse el solideo e inclinar la cabeza sobre el pecho.

Así permaneció hasta que las últimas voces de las campanas se hubieron perdido enteramente en el aire.

Entonces despertó un gusano roedor que habitaba en el respaldo de la butaca, y el viejo cura se quedó escuchando aquella voz apagada.

La obscuridad había aumentado en torno suyo; pero aun veía el espectro del campanario, el albor incierto de un libro hojeado que parecía remoto, y otro albor que parecía próximo y era la bella Venus.

La voz seguía preguntando:

«¿Fili, peccasti?»

Y el padre Agustín se confesó en voz alta.

«Sí, dijo, he pecado.»

«He disipado mi vida, que debió haber sido toda para la Iglesia y para ti, Señor.»

«Señor, tú me habías concedido la gracia de interrogarte cada día.»

«Tú me habías abierto el gran libro para que profundizase en él mi mirada.»

«Tú me habías entregado los libros de los apóstoles, de los profetas y de los doctores de la Iglesia,

para que pudiesen servirme de coraza contra la herejía, y defender al prójimo y a mí mismo.

«Y he aquí cómo te he correspondido.»

«Ha bastado una sola palabra de la ciencia para engendrar la duda en mi alma inmortal.»

«Sí, he pecado.»

«La duda me ha interrogado y no he sabido contestar.»

«A la ciencia le ha sido demasiado fácil triunfar de este sacerdote que no estaba preparado para la batalla.»

«Sin embargo, creo en ti, creo que la verdadera ciencia es obra tuya, como es tuya la verdadera religión.»

«Creo que reservas a la humanidad un día, aun remoto, en que la fe, que hasta ahora ha tenido que andar a tientas, y la ciencia, que ha afirmado y negado demasiado, se darán la mano, iluminadas por la gran luz, y que, así unidas, formarán la entera conciencia humana.»

Calló un rato.

Luego añadió humildemente pareciéndole descubrir en sus palabras un poco de osadía:

«Sacerdotes más estudiosos de tu palabra, hubieran echado por tierra las inducciones de ese enfermo de los nervios, que representa a la humanidad del día.»

«No solamente las hubieran echado por tierra los sacerdotes y los filósofos, sino que también los mismos médicos, los mismos fisiólogos, los mismos químicos, todos los que no se dejan intimidar por un nuevo descubrimiento.»

«Yo, solo, indigno cura, no he podido hablar con tu voz, porque no sé nada, porque he olvidado lo que sabía.»

«Tengo en casa una Biblia provista de cerradura, y he perdido la llave.»

«Hace tiempo que San Anselmo, San Agustín y San Jerónimo no me hablan.»

«Ya es tarde, porque me acerco al término de mi vida; pero si vuelves hacia mí tus ojos, Señor, puedo aprovechar los pocos días que me quedan.»

Había hablado sin énfasis, pero con voz profunda, y al callar observó que el gusano roedor callaba también.

Hasta su conciencia calló por un momento.

Después, en la vieja butaca y en el viejo cura una misma voz habló largamente.

Y el reverendo se quedó escuchando en silencio.

Cuando los patrones volvieron de paseo, les sorprendió en gran manera encontrar en casa al padre Agustín, y manifestaron su asombro.

— ¿Usted aquí, reverendo?, dijo Severino Amatore.

— ¡Estaba usted aquí solo, solito, a obscuras!, exclamó Bernarda trayendo una luz.

— He querido recogerme, contestó el viejo cura.

Pero este verbo de que tantas veces se había servido, no le pareció sincero, aunque fuese verdad, y corrigió más sencillamente:

— He querido pensar.

— Usted piensa demasiado, notó Bernarda; usted estudia demasiado.

El padre Agustín meneó la cabeza y dijo sonriendo:

— No diga usted eso, señora Bernarda; soy un cura ignorante, he estudiado poco y he olvidado mucho.

— ¡Oye lo que dice! ¡Oyelo tú también, Bortolino! Bortolino, en cambio, había estudiado mucho y no había olvidado nada.

«¿Cuántas y cuáles son las virtudes cardinales?»

«Son cuatro: prudencia, justicia, fortaleza y templanza.»

«¿Por qué estas virtudes se llaman cardinales?»

«Porque son como los fundamentos en que se apoyan las demás virtudes.»

«¿De cuántas clases son las buenas obras?»

«De tres clases: la oración, el ayuno y la limosna.»

— ¡Tres!, gritó Bortolino.

Y añadió triunfalmente:

— Los novísimos son tres: muerte, juicio, infierno o gloria.

«Y punto final.»

«¡Punto final!» había anunciado Bortolino Amatore con una gravedad que le sentaba a las mil maravillas.

El padre Agustín se había sentido levantar en peso por estas palabras, y ni siquiera había intentado rebelarse, cuando Bortolino añadió:

— Sé toda la doctrina; pregúnteme.

Bernarda aplaudía en silencio; Severino se reía misteriosamente.

- Ante todo, deja que yo cumpla con mi deber, dijo el reverendo.

Y fué a sacar de la cómoda el cucurucho de caramelos.

- ¡Clavell!, se apresuró a decir Bortolino.

Pero el padre Agustín, que estaba mirando atentamente en el fondo del cucurucho, fué generoso como nunca lo había sido.

Y dijo:

- Aun quedan cinco caramelos; son para ti.

- Pregúnteme, insistió Bortolino, entregándole el catecismo.

Y el viejo cura no tuvo más remedio que obedecer.

Permaneció un rato en silencio, y luego preguntó:

- ¿Dónde está Dios?

- Dios está en el cielo, en la tierra y en todas partes, contestó Bortolino.

- ¡Bien!, dijo el reverendo.

Volvió la hoja y siguió preguntando:

- ¿Qué males se padecen en el infierno?

- En el infierno se padece por siempre jamás la privación de la vista de Dios, el fuego eterno y todo mal, sin mezcla de bien alguno.

- ¡Bravo!, exclamó el cura.

Y añadió volviendo dos hojas:

- ¿Cómo se mantiene en nosotros viva la fe?

Bortolino contestó sin pensarlo mucho:

- Haciendo frecuentes actos de fe.

El padre Agustín calló; hojeó distraídamente todo el catecismo, y dijo después:

- ¡Bravísimo! Los caramelos son tuyos. Y ahora podemos prepararnos a aprender cómo se ayuda a misa.

- ¡Ya casi lo sé!, dijo el muchacho.

Y no queriendo ver las señas que su madre le hacía con los ojos y con la boca, añadió:

- Sé lo que es la casulla; sé lo que es el alba; sé que el misal es aquel gran libro en que usted lee las oraciones; lo sé todo; mamá me lo ha enseñado todo; sé las vinajeras, el tabernáculo, el cáliz, la custodia, todo.

- ¡Pero Bortolino! ¡Qué bien!

- No me extrañaría que mi mujer, insinuó Amatore padre, hasta le haya iniciado con alguna prueba, y que cada día, después de haber puesto los manteles, haya hecho arrodillar a su hijo, diciéndole que la mesa del comedor era la mesa eucarística...

- ¡Es verdad!, se apresuró a decir Bernarda por temor de que se le adelantara el futuro acólito; es verdad que le he enseñado algo, pero siempre con manteles limpios, no con los de todos los días. No me parece haber cometido, por esto, ningún sacrilegio.

El padre Agustín le aseguró que no había cometido nada de malo.

- Todo va bien, dijo después con mucha lentitud; mañana empezaremos en debida forma, y espero que pocas lecciones bastarán.

Bernarda y Severino tenían todavía una curiosidad que satisfacer, antes de permitir que su pupilo se fuese a acostar.

- Diga, padre Agustín, ¿encontró usted al profesor en su casa?

- Sí, señora Bernarda, contestó el cura.

No dijo más.

El empleado de la Alta Italia insistió con mucha desenvoltura ambrosiana:

- Diga, ¿se ha confesado?

- Tenía una duda, y ahora ya no la tiene.

- ¿No comprendes que esas preguntas no deben hacerse?, dijo Bernarda. El padre Agustín no va a decirnos si ese profesor tenía un caso de conciencia y que él le ha ordenado tal o cual cosa.

- Mujer, te equivocas; el mismo reverendo te dirá que todos hacemos poco más o menos lo mismo; cada cual en su profesión; él en la iglesia, yo en la oficina; y cuando ha arreglado algo, ya sea un caso de conciencia ya sea un caso de ríeles viejos, si lo dice sin alabarse demasiado, ¿qué mal hace?

- Sí, es verdad, dijo el reverendo humildemente; el profesor me ha interrogado sobre una cosa difícil, y sobre la cual no estoy seguro de haber contestado como debía; pero él se ha contentado; hasta me ha dicho que mis palabras le habían llegado al corazón.

- ¡Eh!, ¿no lo decía yo?, exclamó la buena señora.

- No sé cómo le han llegado al corazón, continuó pensativo el viejo cura; he hablado como sé y como puedo; el hecho es que se trataba de filosofía y que no estoy contento de mí mismo.

- ¡Pero el profesor se ha contentado!, se apresuró a replicar Bernarda.

En vez de responder, el padre Agustín inclinó la cabeza.

Y papá Amatore dijo en conclusión guiñando el ojo:

- Si no se trata más que de filosofía, conténtese usted también, reverendo.

- Sí, añadió Bernarda en voz baja, hallando fuerza en la intimidad nacida de una misma devoción; sí, reverendo, esta vez Severino tiene razón; me parece que puede usted contentarse y dormir tranquilo.

Solo otra vez, el padre Agustín se asomó a la ventana, y permaneció un rato con los ojos levantados.

Trataba de reconstituir las palabras que habían llegado al corazón de Giorgio Silva:

«Asómese a la ventana; llame en torno suyo a su mujer y a sus hijos, mire al cielo, y ore, ore mucho.»

Y le pareció que no fué mérito de la piedad que las había pronunciado, sino del corazón que las había recogido, si estas palabras habían curado una herida.

Él mismo, el cura, el médico, se había causado una herida más profunda.

«Llama en torno tuyo a tu mujer y a tus hijos», le había dicho con dulzura.

Muchas veces había tratado de imaginarse el rostro que debían tener su padre y su madre, a quienes no había conocido; y volvió a pensarlo largamente.

Después quiso buscar entre los muertos un amigo a quien hubiese querido de veras, y no lo encontró.

Entonces se consideró enteramente solo.

Cerró la ventana y se acostó.

Horacio no le dijo nada, y el padre Agustín esperó el sueño murmurando:

¡Santo Dios!

Fué toda su plegaria.

IX

Desde aquel día había empezado la nueva vida del padre Agustín.

A la mañana siguiente, sus amigos sardos habían acudido a casa del cura, quien les había manifestado la necesidad de suspender las partidas de tresillo para atender a otros cuidados.

Uno de los amigos sardos, el aduanero, salvo error, había estado más insistente y había querido ver el fondo de la cosa.

- ¿Qué otros cuidados puede usted tener? A su edad, el mejor cuidado es el de ir viviendo todo lo posible.

- Y si la muerte ha de tardar, lo mejor es esperarla sentado, postura a que no se opone la partida de tresillo, dijo el fiscal.

El reverendo se había defendido hábilmente, pero había dejado en el espíritu de sus paisanos la idea de que el cura osilés había sido llamado por el arzobispo al *reddé ratiómem*, por haber frecuentado demasiado la rebotica de la farmacia.

Había dejado a un lado a Horacio y demás poetas latinos, para reconciliarse con su santo.

Siempre le había parecido que el obispo de Ipona tenía sobre los demás doctores de la Iglesia el mérito de hablar como un simple mortal.

Releyó las *Confesiones*, encontró en los *Soliloquios* el origen del famoso método cartesiano, y cuando hubo recordado el diálogo entre *Agustín* y la *Razón*, se vió a sí mismo en *Agustín*, y en la *Razón* también.

Casi todas las noches, antes de cerrar los ojos al sueño, oía a *Agustín* repetir:

«¡Oh, Dios, siempre igual a Vos mismo, haced que yo me conozca, y haced que os conozca a Vos!»

Se aplicó de nuevo a los estudios olvidados, pero sin método; o más bien se conservaba aún bastante fuerte para no tomar parte él mismo en el coro que en torno de él formaban los padres de la Iglesia que interrogaba en desorden.

Le quedaba el pensamiento instintivo de que, en materia religiosa, la gran verdad es el sentimiento.

El seminario le había demostrado a su tiempo la inmortalidad del alma con razonamientos varios, y el padre Agustín repasó la teología para recordarlos.

Hizo más, releyó en el *Monológium* de San Anselmo la famosa prueba de la existencia de Dios sacada del infinito.

Y cuando le saltó a la vista una página de las *Confesiones* de su santo, en que Ambrosio aconseja a Agustín que lea la profecía de Isaias, el cura osilés quiso leerla también.

Pero no tenía más que una Biblia del año 1500, y pensase de ello lo que pensase Severino Amatore, había perdido la llave.

Un día, en la mesa, el empleado de los ferrocarriles quedó asombrado ante esta pregunta que su pupilo le dirigió con demasiada ingenuidad:

- ¿Tendría usted acaso una llavecita agujereada, para abrir mi Biblia antigua?.. ¿Sabe?.., aquella que usted notó.

Severino Amatore pensó muchas cosas a la vez:

«El cura quiere hacérmela tragar... Sabe que es imposible encontrar una llave para abrir un libraco del año 1500; o quizás ha hecho desaparecer el muerto.»

Pero deseoso de ver en qué paraba la comedia, contestó:

- Debo de tener muchas; podríamos probar juntos; pero si las Biblias del año 1500 tuvieron un poco de juicio, y lo han conservado, no se dejarán abrir con una llave de maleta del siglo actual. ¿No le parece?..

- Era una llave sencillísima, contestó el padre Agustín con demasiada ingenuidad también; sé que era pequeña y de agujero. Podemos probar.

Probaron y abrieron sin gran dificultad, y la Biblia del año 1500 expuso su secreto a toda la familia Amatore.

El padre Agustín se alegró de poder enseñar a todos las ilustraciones, una por una, acompañando muchas aclaraciones para que la familia Amatore pudiese tocar con la mano que eran grabados preciosos, pero que no escondían ningún tesoro.

Y efectivamente Severino convino en ello con su sinceridad nunca desmentida.

- Llegué a creer, padre Agustín, que en esta Biblia ocultaba usted su peculio; pero confieso mi candidez; para algo existe el Banco Popular.

El reverendo levantó los ojos al techo y dijo:

- ¡Dios grande! Le aseguro que soy muy pobre, que estoy contento de mi suerte, y que si me aflijo a veces por no tener dinero ahorrado, es cuando pienso que podría consolar muchas miserias y hacer la felicidad de alguno.

- Esto es; en eso debería pensar... en hacer feliz a alguien; haga testamento, porque una persona de quien se han recibido pruebas de afecto se recuerda con gratitud... Porque, reverendo, usted sabe que la gratitud es una flor que se contenta con poco... ¿Me explico?.. Una flor que brota hasta en las almas desinteresadas...

Mientras tanto, cada tarde, después de un breve paseo, en vez de ir a hacer la partida de tresillo, el padre Agustín regresaba a su casa sin un suspiro, para hacer el ensayo de la misa con Bortolino.

En este ensayo que se hacía en el comedor, Bernarda estaba siempre tentada de arrodillarse, y resistía por temor de incurrir en pecado.

Pocas lecciones en casa y una en la sacristía con el consentimiento del párroco, bastaron al futuro acólito para aprender de memoria todas las respuestas y ponerse en condiciones de poder ayudar a la celebración.

Cuando el reverendo anunció que, al día siguiente, Bortolino podía ayudar la primera misa de Sant' Angelo, hubo fiesta en toda la casa.

A pesar de la prohibición de su pupilo, Bernarda preparó una comidita digna de la gran ocasión.

Amatore padre se restregó las manos y sonrió a su hijo con aire de complicidad, como si quisiera decirle que su broma había ido muy bien; pero Bortolino no adivinó el significado de aquella mímica y quiso acostarse temprano para estar seguro de despertar al amanecer.

Severino Amatore quiso mantener la promesa hecha en broma, y acompañó a su mujer a la iglesia, para asistir a la representación, decía él, y reír un poco. Pero al ver la dignidad con que su hijo atravesó la iglesia para acercarse al altar, y sobre todo al oír la voz infantil, pero ya arrogante, de Bortolino, que contestaba al cura, el corazón paterno de aquel descreído se abrió a la alegría y al temor, como si fuese el corazón de un padre vulgar.

Y padeció ansiedad y saboreó ambrosia durante toda la misa, alegrándose a cada respuesta pronta del acólito, y temiendo que se le cayese el misal o vertiese sobre la mesa eucarística el contenido de las vinajeras. Pero Bortolino tiró adelante hasta lo último sin vacilar, y pasó otra vez por delante de sus padres sin mirar de frente a ninguno.

En la sacristía, el coadjutor se alegró con él y le dijo que, después de haber empezado tan bien, de él dependía el llegar a ser algo.

El padre Agustín, que se estaba quitando la casulla, volvió la cabeza y dijo:

- Bortolino es hijo único; tiene otras ideas; a su tiempo querrá tener mujer e hijos; ¿verdad, Bortolino?

X

Desde el día del coloquio que tanta influencia había tenido sobre el pobre padre Agustín, Giorgio Silva no había vuelto a dejarse ver. El reverendo había pensado que le tocaba a él hacerle una visita para ver si el remedio había dado buen resultado.

Pero si no había ido antes era porque le había faltado la conciencia médica, y porque si el pobre continuaba enfermo, él no sabía qué darle.

Tenía la seguridad de que la demostración de San Anselmo, que era después de todo lo mejor que sus nuevos estudios le habían proporcionado, no vencería al profesor.

Aquel día, después del almuerzo, fué, revestido de valor, a llamar a la puerta de Silva, que no estaba en casa; pero tropezó con él en la calle y le dijo:

— He ido a casa de usted... y no le he encontrado... ¿Qué hay de nuevo?

Giorgio Silva contestó de buen humor:

— Ya estoy bien; contaba ir a saludar a usted precisamente hoy mismo, porque parto mañana.

— ¿Adónde va?, preguntó el viejo cura, sin saber si la noticia de aquella marcha le apenaba o no.

— Emprendo un largo viaje al extranjero; volveré curado del todo.

El padre Agustín permaneció un instante en silencio.

Después dijo:

— Siento que usted se vaya. ¿Quién sabe si nos volveremos a ver!

Pero, después de haber dicho estas palabras, se le presentó toda su singular alegría de verse libre de aquel hombre.

El profesor le dijo con acento de ingenuidad:

— Me acordaré siempre de usted, reverendo, de la ocasión en que me ayudó con una buena palabra; pero sépa usted que no he querido rendirme a la filosofía; he seguido combatiendo y he vencido.

El padre Agustín estrechó la mano a Giorgio Silva y dijo:

— Está bien. Usted ha vencido esta vez, pero no vuelva a combatir jamás. Siga usted el consejo de este viejo cura. Piense que la razón es falaz; hoy le ha contestado una cosa que parece la verdad, y que le ha consolado; mañana puede contestarle otra cosa que también parezca la verdad y meta el infierno en su alma. Créame; el que quiere encontrarlo todo en la razón es muy infeliz, y la verdad no le sirve. El hombre a veces necesita alas; la humanidad las necesita siempre. Por esto la misericordia celeste nos ha dado el sentimiento y la imaginación, que también son parte de la verdad. ¡Lástima que usted se vaya! ¿Y cuándo parte?

— Mañana, al rayar el alba.

— Lo siento; mi querido profesor, lo siento de veras.

Y al decir esto era sincero, porque estaba contento de haber podido retener una idea rebelde, que nunca había querido presentarse por el lado justo.

— Lo siento, lo siento de veras. ¡Ea, pues, buen viaje, profesor, y acuérdesse del padre Agustín.

Aquel día, en la mesa, el reverendo estuvo alegre, como no lo había estado nunca. Hasta hizo una insinuación inútil, recordando y alabando los vinos sardos, sobre todo la *vernaccia*, especie de uva de Solarussa, que da un vino exquisito.

Bernarda no podía olvidar que, en las grandes ocasiones, dos dedos de aquel vino prodigioso eran siempre gratos a su cura y a su marido.

Hasta Bortolino, esta vez, fué invitado a probarlo y a decir libremente la opinión que le merecía.

Y el nuevo acólito manifestó su pensamiento con palabras sobrias y claras, mejor dicho, con una sola palabra:

— ¡Excelente!

Habiendo Severino Amatore hecho recaer la conversación sobre el coadjutor y sobre los consejos que había creído adivinar, el padre Agustín encontró a su vez pocas palabras, pero hermosas, para desaprobar que, en cosas de tanto interés, como en lo que puede salvar o perder a un alma, se den consejos que pueden ligar para toda la vida.

Y, aplaudido por Amatore padre, explicó el mismo concepto a Amatore hijo para que lo entendiese la estupefacta Bernarda.

— Para llegar más seguramente a la gloria, no es necesario vestir traje talar; se puede elegir el camino que sigue la mayor parte de las personas de bien: amar y honrar a sus padres cuando se tiene la dicha de conservarlos; tomar esposa y tener hijos. Sólo cuando se tiene una vocación extraordinaria, es bueno consagrar toda la vida a la iglesia. Recuérdalo bien, Bortolino: un buen hijo, un buen marido, un

buen padre sirve a Dios como el mejor de los sacerdotes.

Después de la comida, el padre Agustín quiso hacer una visita a sus amigos sardos, e hizo una rápida aparición en la rebotica de la farmacia.

El cuarteto entonó un coro:

— ¡Bien venido! ¡Gracias a Dios que se le vuelve a ver! ¡Bravo! ¡Qué grata sorpresa!

Le fué presentado el Sr. Pintus, comerciante en vinos sardos.

— Es un tresillista de primera fuerza, digno sucesor del padre Agustín, dijo el farmacéutico.

— El Sr. Pintus hace lo mismo que usted, gana siempre, añadió el fiscal; daría gusto verlos jugar una partida juntos.

— No diga usted que no, insistió el aduanero.

— ¿Y cómo decir que no? La mesa estaba preparada y el boticario mezclaba ya las cartas.

— ¡Sólo dos partidas!, dijo el reverendo, porque tengo mucho que hacer y debo volverme a casa...

El padre Agustín jugó las dos partidas anunciadas y las ganó.

Anunció otras dos y volvió a ganarlas.

Por último, avergonzado de tener tanta suerte y compadecido del Sr. Pintus, anunció todavía otra y la ganó.

Se había cubierto de gloria, pero ni siquiera había querido probar la cerveza, diciendo que no tenía sed.

Y al volverse a casa, no quiso que nadie se molestase en acompañarlo, y exigió que continuaran el tresillo empezado.

— Tengo sed, dijo a Bernarda.

— ¿Qué quiere usted beber?

— Agua clara.

— Le hará daño; usted mismo me dijo una vez que el agua hace daño, que San Pablo aconseja a los viejos que no la beban nunca; en cambio, un vasito de vino generoso sienta muy bien.

— Es verdad, dijo sonriendo el padre Agustín: *Noli aquam bibere, sed modico vino utere propter stomachum tuum*. Pero gracias, señora Bernarda; déme agua clara; después me iré a la cama porque estoy cansado.

XI

Cuando, al alba siguiente, Bernarda se hubo levantado y hubo sacudido a su Bortolino para despertarlo, fué al comedor, y no oyendo el menor ruido en el cuarto del cura, pensó:

«El sueño le ha engañado.»

Y dijo en alta voz:

— ¡Reverendo!

Pero no obtuvo respuesta.

Entonces Bernarda no vaciló en abrir la puerta; y a la luz del día naciente vió que el padre Agustín miraba fijamente delante de sí.

«¡El padre Agustín está malo!», pensó la devota.

Y acercándose a la cama, le habló en voz baja:

— ¿Qué tiene usted, reverendo? ¿No está bien?

Como el cura no contestaba y seguía mirando hacia la ventana, se le ocurrió a Bernarda que el caso podía reclamarse con toda urgencia los santos óleos y una sangría. Y dijo a Bortolino:

— Ve al número 40 del paseo de la Puerta Nueva; allí vive un médico; que venga en seguida.

Sacudió luego a Severino para decirle:

— El padre Agustín se ha puesto malo; he mandado por el médico; corro a Sant'Angelo para avisar al párroco; levántate. Yo voy y vuelvo en seguida.

Severino Amatore no tenía necesidad de que se lo dijeran dos veces; había comprendido muy bien a la primera y decidió levantarse inmediatamente.

Pero cuando se hubo puesto los pantalones y la americana lo mejor que pudo, y se hubo dirigido al cuarto de su pupilo, Bernarda estaba ya de regreso.

— ¿Qué ha dicho?, preguntó.

— No ha dicho nada. Me parece que no está bien.

— ¡Quién sabe si Bortolino habrá encontrado al médico!.

La buena mujer iba y venía como alma en pena; había traído una toalla limpia, un cirio, y cada vez que entraba en el cuarto del cura, lo miraba para tranquilizarlo, como para decirle:

— Tranquílcese, reverendo; tenga la seguridad de que recibirá los santos óleos.

Cuando hubo reunido todo lo necesario y se trató de preparar el altarcito en la escribanía, pidió mil perdones al cura con una mirada por meter mano en sus papeles y transportar cartapacio, tintero y plumas sobre la cómoda. En un abrir y cerrar de ojos, el altarcito estuvo preparado.

Severino Amatore seguía todos los actos de su mujer con mucha herejía y un poco de curiosidad.

De vez en cuando se inclinaba para interceptar la mirada fija del reverendo, y le pareció haber puesto de su parte todo lo posible, cuando pudo responder a Bernarda:

— ¡Calla! ¡Se ha movido!

La pobre mujer esperó en silencio, hasta que oyó ruido en la escalera. Era el coadjutor con la estola morada y el vaso del óleo santo, seguido del sacristán con la cruz y el agua bendita.

— *Pax huic domi*, dijo el coadjutor entrando.

Y cuando estuvo en el cuarto del enfermo y hubo colocado el vaso del óleo sobre la escribanía transformada en pequeño altar, se acercó a la cama y aproximó la cruz a los labios del padre Agustín.

Bernarda se había arrodillado en un ángulo. Severino Amatore permanecía con la cabeza inclinada.

El coadjutor sabía que se trataba de un sacerdote y no se entretuvo mucho en hablarle de la eficacia del sacramento; pero quiso dirigirle algunas palabras de consuelo, y no recibiendo contestación, se volvió hacia Severino:

— Me parece que no ha oído nada.

— También me lo parece a mí; sin embargo, hace poco que se movió.

En aquel momento entró corriendo Bortolino, precediendo al médico.

El doctor se acercó al lecho y tomó el pulso al padre Agustín; le levantó el brazo y lo dejó caer por su peso; le miró los ojos...

— Me parece que ha muerto.

Reinó un gran silencio en el cuarto del padre Agustín, mientras el médico espía otros indicios de vida.

Por último, el doctor cerró los párpados rebeldes al sueño de la muerte, y se apartó del lecho sin decir una palabra.

Bernarda empezó a llorar a lágrima viva.

Era un deber imperioso, como decía Severino Amatore, un deber realmente imperioso asegurar en seguida el valor hereditario del padre Agustín, y averiguar si hizo testamento.

Fuó Bernarda a registrar ante todo la negra sotana del cura, mientras Severino, con mucha gravedad, se disponía a anotar en la cartera.

El muerto, con la faz serena, con los párpados entornados, parecía mirar aún con disimulo.

— ¡Una carta!, murmuró Bernarda; una carta dirigida a ti.

— Dame, dijo Severino.

Efectivamente, era una carta dirigida a él.

Amatore podía leerla, debía leerla.

Y la leyó.

La carta decía:

«Mi querido señor Amatore:

»Las cosas que poseo en la tierra y que tienen algún valor, son una Biblia del año 1500, una tabaquera de plata y un reloj de cobre. Poseo además setenta y cinco liras que encontrará escondidas en una media de lana, dentro de la cómoda. Puedo añadir, por lo que valen, los libros viejos, las sotanas viejas, dos capas usadas y la poca ropa blanca, tan zurcida o remendada por la buena señora Bernarda. Ruego a usted que guarde todo esto como recuerdo y me haga hacer el entierro de un cura pobre, como he sido toda la vida...»

Seguían la firma y la fecha.

Severino no dijo nada en el cuarto del difunto, pero fué al salón para manifestar lo que su sinceridad le obligaba a decir absolutamente:

«Nos ha engañado a todos.»

— No importa, añadió; ha muerto, y debemos cumplir nuestra misión hasta lo último. No se dirá nunca que Severino Amatore se haya aprovechado de un céntimo por la muerte de su pupilo. El padre Agustín no tendrá el entierro de los pobres, sino un entierro decente.

— ¡Muy bien!, dijo Bernarda.

Pero cuando Bernarda hubo registrado las medias viejas del reverendo y encontrado las setenta y cinco liras, Severino había tenido tiempo de reflexionar, y su reflexión fué justa.

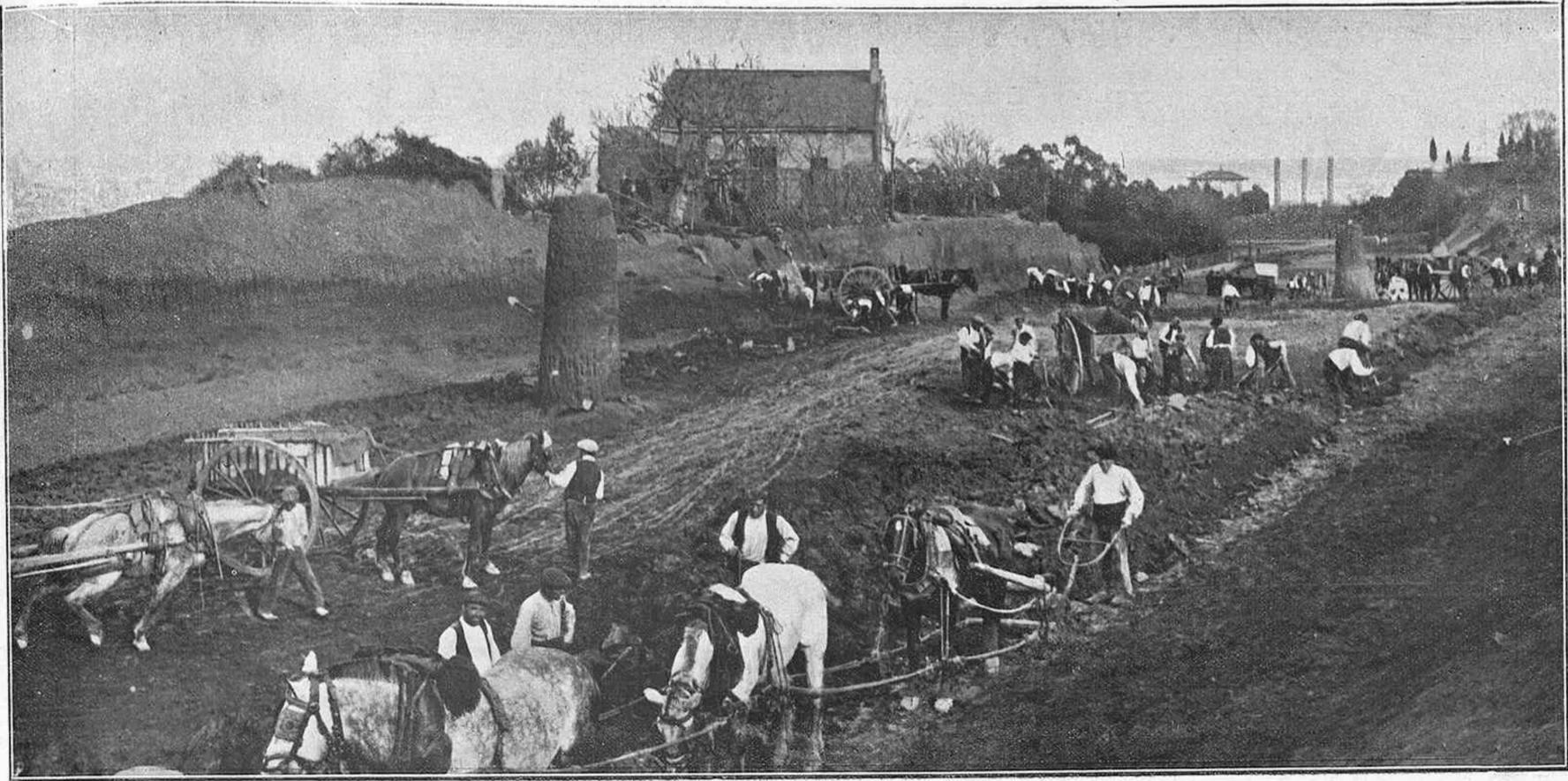
«Realmente tenemos obligación de cumplir el testamento del padre Agustín; no es lícito obrar contra la voluntad del muerto, haciéndole un entierro aparatoso...»

Y lo pensó todavía un momento, antes de concluir con un suspiro:

— Debemos dar un ejemplo de humildad aceptando... ¿Qué te parece?

— Me parece lo mismo, contestó Bernarda.

En aquel momento la campana de Sant'Angelo empezó a anunciar que su viejo cura había muerto.



Barcelona. - Estado actual de las obras de explanación para el gran paseo de circunvalación de la Exposición de Industrias Eléctricas que ha de celebrarse en esta ciudad el año 1917
(De fotografía de nuestro reportero A. Merletti.)

Prosiguen con gran actividad los trabajos preparatorios para la gran Exposición Internacional de Industrias Eléctricas y General Española que ha de celebrarse en esta ciudad el año 1917.

En las oficinas técnicas y administrativas hay acopiados todos los proyectos, planos, cuadros gráficos y datos estadísticos necesarios para la realización del grandioso certamen, constituyendo un arsenal completo e interesantísimo y al mismo tiempo tan admirablemente ordenado y clasificado, que hace parecer en extremo fácil lo que en realidad resultaría, de no presidir en todo ello este orden, labor sumamente difícil.

Al par de estos trabajos de gabinete se llevan a cabo las obras de campo, que en la actualidad consisten principalmente en el desmonte y explanación de los terrenos de la montaña de Montjuich en donde habrán de levantarse los edificios y construirse los caminos, avenidas, jardines y parques de la futura exposición. Una de estas avenidas, en cuya apertura se está trabajando activamente, es el gran paseo que partiendo de la Plaza de España y subiendo hasta una cota de 80 metros sobre el nivel del mar, circunda la montaña y siguiendo aproximadamente la misma cota, llega hasta los terrenos en donde están instalados el Tiro de Pichón y el Restaurán Miramar, con un recorrido total de unos cuatro kilómetros.

Esta vía, que en su parte más angosta tiene un ancho de 24 metros y cuya pendiente más pronunciada no excede de un cinco por ciento y en la mayor parte de su recorrido no llega a un dos por ciento, ha de constituir, una vez cerrada la Exposición, un hermoso paseo del parque proyectado en la montaña de Montjuich y que, cuando esté terminado, constituirá uno de los más bellos atractivos de nuestra capital.

La fotografía que adjunta reproducimos permite formarse idea del estado en que en la actualidad se encuentran las obras de este paseo; de la importancia de las mismas puede juzgarse por los dos pilones de piedra que quedan en pie y que indican la altura del desmonte efectuado.

Además de este paseo habrá

Después de la fiebre que habeis tenido, os recomiendo el uso del

PÉTROLEO GAL

si quereis conservar vuestros cabellos

Ehrmann.

varias otras grandes vías que conducirán a los visitantes desde las dos puertas de entrada, situada en la calle de las Cortes Catalanas y en la del Marqués del Duero, hasta la plaza de la Exposición, y un monumental ascensor, que podrá conducir 50.000 personas por hora a la cumbre de la montaña.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
por autores o editores

BORIS GODUNOW, drama musical popular en cuatro actos basado en obras de Pusshkin y Karamsin, libro y música de M. P. Mussorgsky, traducción en verso catalán adaptado a la música por Joaquín Pena. - Continuando su meritoria labor de vertér al catalán los libretos de las más importantes óperas, el celebrado escritor y crítico musical señor Pena ha publicado la traducción en verso de Boris Godunow, que con tanto éxito se ha estrenado recientemente en el Gran Teatro del Liceo. La versión, como todas las de su autor, está concienzudamente hecha y se adapta perfectamente a la partitura; y el señor Pena declara sinceramente que, ignorando el idioma ruso, se ha valido por vez primera en su vida de una traducción, la alemana de Max Lipold, por creerla bien adaptada al original y más fiel que todas las demás existentes. Un tomo de 84 páginas editado en Barcelona por la librería Verdguer e impreso en la imprenta de Fidel Giró.

CASTILLO INTERIOR, por J. Peláez y Tapia. - El distinguido poeta español, residente desde hace algunos años en Chile, ha publicado una colección de poesías, en la que, además del poema que da título al libro, hay otras varias composiciones sobre asuntos diversos y escritas en metros variados. En todas ellas se observa una versificación fácil y correcta y abundan los bellos pensamientos y las ideas inspiradas. Algunas han sido premiadas con honrosas menciones en certámenes celebrados en Valparaíso y en San Juan (Argentina). Un tomo de 96 páginas impreso en Valparaíso en la imprenta Royal.



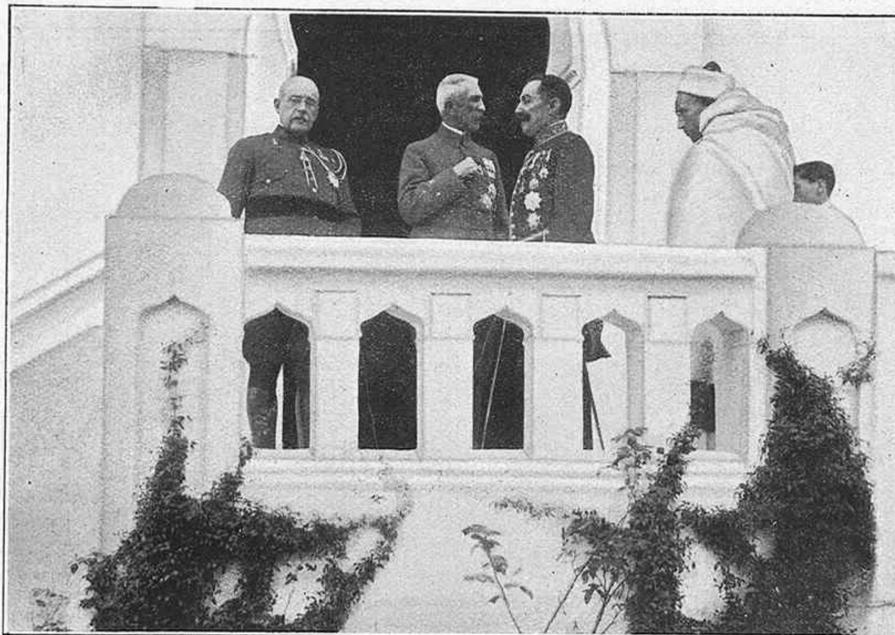
Ceuta. — El general Lyautey y sus ayudantes en el momento de embarcar en la lancha que los condujo al crucero francés *Alcedar* para partir con rumbo a Rabat después de visitar Ceuta y Tetuán

EL GENERAL LYAUTEY EN TETUÁN

El día 6 de este mes llegó a Tetuán el Residente francés en Marruecos general Lyautey acompañado del Alto Comisario español general Jordana, que había ido a recibirlo a Ceuta. Los edificios oficiales lucían las banderas francesa, marroquí y española y muchas casas particulares estaban adornadas con gallardetes y banderolas.

Los dos generales se dirigieron a la residencia del Alto Comisario en donde el general Jordana presentó al general Lyautey al alto personal civil y militar; allí estaban también el bajá de Tetuán con una comisión de moros notables, el gran visir y el majzén del jalifa, príncipe Muley El-Mehdi. Después visitaron las canteras de Benzú, el fuerte de Yebel-Amirer y el cuartel de Rebellín y terminada esta visita regresaron los dos generales a la Comisaría en donde celebraron una larga conferencia, efectuándose luego el banquete oficial al que asistieron varias elevadas personalidades españolas y moras, el cónsul de Francia y su esposa y algunos altos empleados.

El general Jordana, en su brindis, comenzó haciendo referencia a la visita que hizo al general Lyautey en Rabat, visita que para él será inolvidable; lamentó que por la premura del tiempo no pudiera el Residente francés visitar Larache y Meli-



Los generales Lyautey y Jordana y el cónsul francés en el consulado durante la recepción de la colonia. (De fotografías de Sansó y Perera.)

lla a fin de poder apreciar la labor realizada por España en su zona de protectorado; y brindó por el Presidente de la República francesa, por el Sultán de Marruecos, por Francia y por el general Lyautey, a quien llamó caudillo indiscutible de la campaña de África llevada a cabo por el sufrido ejército francés que, lo mismo que el español, trabaja sin tregua, soportando grandes penalidades para cumplir la grandiosa misión que exige la implantación del protectorado.

El general Lyautey contestó agradeciendo el recibimiento que se le había hecho, dedicando calurosos elogios a la obra realizada por España y el general Jordana en la zona de nuestra influencia, expresando su admiración por las tropas españolas, dirigiendo frases de afecto al Jalifa y brindando por el Rey D. Alfonso XIII, por las Reinas D.^a Victoria y D.^a María Cristina y por la generosa nación española.

Al día siguiente el general Lyautey, en unión del general Jordana, visitó al Jalifa y luego se trasladó al consulado de Francia, en donde se efectuó una brillante recepción a la que asistió la colonia francesa. Después se celebró en el palacio del Alto Comisario la imposición de cruces concedidas por el general Lyautey, con motivo de su visita, a los funcionarios españoles. A las dos de la tarde los dos generales marcharon a Ceuta en donde el Residente francés embarcó para Rabat.

LA EMPERATRIZ EUGENIA

Apuntes históricos íntimos, por J. B. ENSEÑAT

Un tomo lujosamente encuadernado, 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

ORINA

Las SALES KOCH curan SIN SONDAR NI OPERAR la uretra, próstata, vejiga y riñones. Dilatan las estrecheces, rompen la piedra y expulsan las arenillas, curan los catarros é irritaciones de la vejiga; calman al momento las punzadas y horribles dolores al orinar, limpiando la orina de posos blancos purulentos, rojizos y de sangre. Las SALES KOCH no tienen rival por su acción rápida y segura. Venta en las boticas del mundo. Las CÁPSULAS KOCH cortan en DOS DÍAS, sin peligro, los flujos blenorragicos secretos recientes y modifican los crónicos. Para lograr un éxito fijo pídase gratis á la CLÍNICA MATEOS, Arenal, 1, de MADRID (España), el método explicativo infalible.

Paris
 Date de 1849
PUREZA DEL CUTIS
 — LAIT ANTÉPHELIQUE —
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y tenso
 Casa CANDÈS — St-Denis, 16

AVISO Á LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS REYES
JORET HOMOLLE
 CURA
 LOS DOLORES, RETARDOS,
 SUPRESIONES DE LOS
 MENSTRUOS
 F^{ca} G. SÉGUIN — PARIS
 165, Rue St-Honoré, 165
 Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

ECOS DE LAS MONTAÑAS

POR D. JOSÉ ZORRILLA. — ILUSTRADO POR GUSTAVO DORÉ

Un tomo de 446 págs., 5 pesetas para los suscriptores a esta ILUSTRACIÓN.

HIPOFOSFITOS SALUD
 COMBATE
ANEMIA
ESCROFULISMO
NEURASTENIA
INAPETENCIA

ANEMIA DEBILIDAD Verdadero **HIERRO QUEVENNE**
 Curadas por el verdadero, el único inalterable. — Exigir el Verdadero, 14, R. Beaux-Arts, Paris.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN